

ADVERTENCIA

Incauto lector:

Te adentras en un universo muy distinto al tuyo, reacio a mostrar sus secretos a los extraños. No intentes comprenderlo en la primera página. Los secretos prefieren ocultarse de quien más corre tras ellos, buscando respuestas aceleradas, pero se dejan sorprender por aquellos que los rastrean con paciencia. No adelantes acontecimientos, ni imagines falsas metas.

Arane es un mundo complejo, confuso, surcado por sendas traicioneras en las que puedes perderte con facilidad. Pretender recorrer sus siete islas a la vez, poniendo un ojo en una sin haber abandonado las anteriores, será como visitar siete mundos al mismo tiempo, como leer siete libros en uno.

Los seres que han nacido en esas islas, o al menos los que dominan la magia en cualquiera de sus formas, tienen un conocimiento sobre ellas del que tú careces. No todos querrán compartirlo contigo ni ayudarte a llegar al final. Saben que ésta es la primera vez que los observas, que escudriñas sus vidas, y muchos intentarán confundirte. No te fies de ellos, sobre todo de los dioses.

Aunque no es obligatorio recordar en todo momento cuál de ellos favorece a cada isla ni qué fuerzas manipulan para guiar a sus habitantes, sí es aconsejable estar familiarizado con sus nombres para emprender el camino con cierta ventaja. Jamás te involucres en sus apuestas. Están acostumbrados a jugar, a mover sus piezas, y ten por seguro que a ninguno le gusta perder.

Una lista de su panteón es cuanto puedo ofrecerte.

Que no te acobarde su presencia o la de sus sicarias, las Auronias. Los primeros no han sido vistos por los mortales desde tiempos remotos, y las segundas, antaño extirpadas del cuerpo de los dioses como pedazos de sus propias almas, tienen hoy en día roles protectores de cada isla, a modo de ídolos terrenales no menos importantes que sus orígenes. Tarde o temprano las conocerás. Casi todas las rutas de Arane parecen evitarlas, pero irónicamente, siempre acaban conduciendo a ellas.

Tampoco te extrañe cruzarte con los naidones. De ellos no te daré ahora más que un puñado de detalles imprescindibles. Son fundamentalmente magos, humanos o híbridos, todos varones, aunque a menudo también ejercen de clérigos, maestros o médicos. No dejan de ser mortales, usan la magia como arma y escudo, detestan a otros hechice-

ros que no defiendan su misma ciencia y se organizan mediante escalas jerárquicas dentro de cualquiera de sus dos comunidades, llamadas Magras.

Mientras no salgas de los caminos que yo te he trazado, no tendrás por qué entrar en ninguna de sus sedes. Allí te escutarían el alma, o todas las que tengas, y cualquier elemento que vieran y no les agradara sería eliminado o transmutado sin piedad.

Jamás volverías a ser el mismo.

El cometido principal de los naidones es preservar las Líneas Protectoras de cada isla. Si notas un leve cosquilleo eléctrico mientras lees algún fragmento del libro, será porque has atravesado una. No te preocupes. Muchos de los siguientes párrafos ocultan letras potencialmente mágicas. A ti te será imposible diferenciarlas del resto, pero están alineadas de forma minuciosa para que tejan un amuleto eficaz frente a las Líneas.

Nota:

Las últimas páginas esconden un apéndice para ayudar al extraviado y un glosario de términos, incluyendo nombres de personajes, lugares y demás vocablos. Úsalos para defenderte de la incertidumbre, ya que sus ataques serán uno de los muchos ardides que magos (naidones o druidas) y dioses (mayores, menores o Auronias) intentarán emplear contra ti.

PANTEÓN:

PADRES

Náiah, La Madre Tierra: Creadora original de las Líneas de Neiya
Uro, El Padre Océano: Creador original de las Líneas de Lantra

DIOSES MAYORES

(Hijos de los Padres)

Ótmor, El que hace que los cielos ruján: Benefactor del Tárbotá
Etsere, El que siembra a su paso: Benefactor de Ergondale
Amgara, La que caza con las manos: Benefactora de Matzhe
Iris, La que da fertilidad a lo estéril: Benefactora de Urkay
Urburu, El de las sombras: Encerrado en Mén-hu

DIOSES MENORES

(Hijos de los Dioses Mayores)

Górmak (fruto de la pasión desenfrenada entre Ótmor y Amgara):
Benefactor de Aradas
Seridé (fruto de la unión de Iris y Etsere): Benefactora de Nuralkäia

AURONIAS

Krónem, El Perro: Protector del Tárbotá
Uvair, El Árbol: Protector de Ergondale
Tzhina, La Araña: Protectora de Matzhe
Gangáia, La Caracola: Protectora de Urkay
Orodoros, El Mono: Protector de Aradas
Oronöe, La Tortuga: Protectora de Nuralkäia
Dárlagan, El Gato. Encerrado en Mén-hu

PRIMERA PARTE

Siete Islas

MUNDO DE ARANE



Una alfombra de dunas se extendía tras ellos, hasta donde alcanzaba la vista. Al frente, solo una ciudad los separaba del mar. Las tropas de Épsorion la mantenían sitiada desde hacía cuatro días, por razones que muy pocos tenían derecho a cuestionar.

El viejo Lándar era el único extranjero allí. Otros hombres también lo fueron en su día, pero perdieron esa condición en cuanto los naidones de la zona les extirparon todo rastro de una nación anterior. Ahora eran esclavos. Los naidones dominaban muchas artes, y entre ellas destacaba la de limpiar las almas de sus prisioneros de guerra hasta que acababan pareciéndose a las de cualquier nativo.

Lándar seguía sentado con las piernas cruzadas, los talones bajo las rodillas y las manos entrelazadas, en el interior de una tienda de lona bajo el sol del desierto. Cientos de ellas se apiñaban para cobijar a un ejército que luchaba por una causa que no era ni mucho menos la suya. Por esta vez, y en contra de sus principios, estaba con el invasor.

Ya en ocasiones anteriores otros druidas de la oscura Ergondale pisaron suelo de Mordaua, la más rica de las tres provincias de Urkay. Pero a diferencia del resto, él no venía en busca de almas para su Auroña. Todos los que cruzaban el mar hasta una isla ajena lo hacían por ese motivo.

Lo acompañaba un soldado del lugar. Narcadio era de piel negra como el carbón, de músculos fibrosos apenas cubiertos por el atuendo típico urkaigón. Vestía finas prendas de tela roja al estilo de los nómadas, debajo de otras piezas metálicas de intrincado diseño distribuidas sin orden alguno por su anatomía. Pero ni sus rasgos ni su robusta constitución destacaban allí. Todos los humanos que Épsorion había mandado como apoyo a sus gigantes parecían haber salido de un mismo molde.

Lándar sí resaltaba en extremo, además de despertar más de una mirada desconfiada. Sus ojos rasgados, los pómulos salientes o la palidez de su piel delataban su origen ergondalino, y por tanto, su antigua lealtad a la Auroña Árbol de Ergondale. Las gentes que lo rodeaban ahora creían que aquel pacto de unión estaba roto. Su vida dependía de ello.

—¿Cuáles son las órdenes de Sartauras? —Lándar habló sin abrir los ojos ni hacer el más mínimo movimiento, rompiendo un silencio que Narcadio había aprendido a respetar.

Aunque se conocían desde hacía poco, el soldado sabía que su extraño amigo necesitaba sumirse de vez en cuando en un profundo estado de concentración. Desde que el anciano le salvara la vida con sus conjuros ante las fauces de un gusano mamut, juró protegerlo mientras permaneciera junto a las tropas epsorianas, a pesar de ser enemigos naturales por nacer en islas distintas.

—Llevas mucho rato ahí sentado —respondió—. Supongo que el comandante habrá planeado el asalto mientras dormías.

Narcadio creía que LáNDAR había pertenecido a los tratantes de esclavos, de cuyas redes lo estaba defendiendo por el simple hecho de escoltarlo. No podía estar más equivocado. Si LáNDAR se deshizo de aquel gusano mamut fue precisamente para que el urkaigón aceptara su compañía. El druida conocía sus tradiciones y necesitaba acercarse al ejército de Sartauras como fuera.

—No dormía —refunfuñó—. Pensaba. ¿Te molesta?

Narcadio se dio cuenta de que nunca llegaría a conocer del todo a ese anciano al que se había hermanado por propia voluntad. Si ya sus ojos eran estrechos por naturaleza, a menudo los entornaba aún más, hasta que solo parecían dos heridas abiertas con una fina cuchilla. Sus costumbres eran tan raras como su apariencia, pero además odiaba tener que dar explicaciones sobre ellas.

—Me importa un cuerno si se te salen las rodillas en esa postura —dijo Narcadio—. Cuando estés de humor ya me contarás con quién sueñas tanto para querer estar siempre con los párpados pegados. Si todos los de tu raza “piensan” tanto, no me extraña que tengáis los ojos así.

LáNDAR no le contestó. Narcadio apenas entendería una palabra si le explicaba los detalles de lo que, para él, solo eran largos sueños. Además, LáNDAR no quería destapar sus secretos ante alguien que no tardaría en ser un enemigo de nuevo. Era mejor guardarlos para sí y seguir meditando a solas, cada vez que pudiera distanciarse del mundo con solo cerrar los ojos. Ni siquiera cuando intentaba crear esa distancia estaba tan solo como hubiese querido, pero la compañía que cargaba con él era parte de una condena que nadie más podía advertir. Inconscientemente, metió una mano entre sus ropas y rozó una marca que tenía en el pecho. Estaba sobre el corazón y recordaba un rayo sobre una media luna, como la cicatriz de una antigua quemadura. Era el estigma de Ótmor, el más poderoso de los dioses y, sin embargo, el único que no tenía asignada una isla poblada por millones de fieles para venerarlo.

«¿Has vuelto a frotártela para ver si consigues borrarla? —habló una voz masculina dentro de su mente. Solo él la oía. Solo él notaba cómo aquellas palabras que no nacían de su propio pensamiento intentaban sepultar al resto—. *Sabes que no podrías atravesar Urkay si no fuera por mí. Las Líneas de Neiya son aquí muy fuertes. Te devorarían.*»

—Si con ello también te llevaran a ti, me lanzaría sobre una para verlo.

Lándar estaba acostumbrado a hablar telepáticamente con aquella voz, pero algunas veces, cuando varias ideas contradictorias peleaban dentro de su cabeza, los labios le traicionaban y murmuraba sin querer.

—¿Dices algo? —le preguntó Narcadio, que seguía atento al paulatino despertar del viejo.

—Nada. Rezaba a los dioses por nuestra victoria.

«*Yo también hubiera preferido resucitar en el cuerpo de un rey aradio.*» —Su otra voz le hablaba casi con desprecio—. «*O incluso en un veterano bien graduado de Matzhe. No elegí hacerlo bajo la piel de un pobre adorador de vegetales.*»

«Cumplo mi misión —contestó Lándar, esta vez sin usar la voz ni dejar que su rostro variara de expresión—. O la tuya, como prefieras.»

Luego se levantó con una agilidad más propia de un chiquillo que de un hombre de su edad. La túnica verde que años atrás luciera con orgullo entre los suyos estaba gastada y descolorida. Cogió el ancho sombrero de anea que colgaba a su espalda y se lo ajustó en la cabeza. Tenía forma de cuenco. Unos adornos del mismo material le servían de hombreras. Su escasa cabellera, poco poblada pero larga como un brazo, era tan blanca como aquellas delgadas coletas que le caían desde el bigote y el mentón.

Narcadio, que lo superaba por dos cabezas, sonrió al notar la similitud que el anciano cobraba con una seta. Tras mirar de reojo la vaina que pendía de su cinturón, tejido también con hojas de anea, recordó que no guardaba en ella arma alguna. Era una daekiria, una flauta de madera blanca con el doble de agujeros que dedos tenía un hombre, enfundada como si fuera un sable. Quizá en Urkay los hombres preferían llevar espadas curvas al costado, pero ni Narcadio ni cualquier otro conocedor del variado armamento de Arane menospreciaba una flauta ergondalina sobre los labios de un druida. En su selva la música podía ser letal, dar la vida o quitarla, encender magias o apagarlas.

Y esa selva ocupaba un continente de costa a costa.

Todos ellos eran llamados a su vez Islas. Por su suelo merodeaban hombres que habían nacido en otras diferentes, pero siempre arras-trando la condición de esclavos y el recuerdo de una tierra que ya no podrían pisar de nuevo. Ninguno podía volver. Una vez se consumaba una invasión, los magos que la habían llevado a cabo disolvían cual-quier vínculo que un cautivo guardara con su isla natal y creaban otros que lo ataban fuertemente a la de sus amos. Lo llamaban limpieza de almas. El esclavo dejaba de estar protegido por su antigua Auronía y abandonaba sus oraciones al dios que, hasta ese momento, había sido benefactor de su continente de origen. Sin más opción, acababa hon-rando al de su conquistador.

El sonido de unos pasos que hacían temblar el suelo obligó a Lán-dar a girarse. Luego, unos pies de roca se detuvieron en la entrada de la tienda y unas manos que parecían haber sido esculpidas en piedra apartaron la lona. La sombra de un grauro lo cubrió por completo. Una falda de tela roja cubría sus muslos hasta las rodillas. Completa-ban su uniforme una amplia faja de cuero endurecido y unas espinille-ras ornamentales.

—Saludos, Gauron. —Narcadio inclinó la cabeza ante el recién llegado. A su lado parecía pequeño. Cualquiera humano daría la mis-ma impresión.

—Saludos, sargento —contestó el gigante sin más gestos, con una voz tan grave como el ronquido de un dragón durmiente. Si en el brazo izquierdo de Narcadio se ajustaban tres pulseras de bronce para revelar su posición militar, en el suyo había cuatro—. El coman-dante quiere hablar con el brujo antes del ocaso. Al anoecer, las defensas de Marhay empezarán a desmoronarse. Por la mañana ha-remos el resto.

Lándar no acababa de acostumbrarse a estar rodeado de grauros, ni podía evitar estudiarlos cada vez que uno se detenía a menos de dos pasos. Apenas se les distinguía el cuello. La cabeza cúbica parecía bro-tar directamente del tronco, entre dos hombros anchos y abultados. Casi todas sus facciones formaban aristas angulosas, como una cara hecha de muchas piezas planas. Allí donde las articulaciones debían doblarse, la textura de su carne o sus tendones parecía estar compuesta de esponja y arena, pero donde no, los músculos y la piel eran de pura roca. Los varones adultos medían más de once pies y lucían unos cuer-nos enroscados hacia atrás, desde las sienas. Tampoco la cintura se les marcaba demasiado. Una línea casi recta unía sus axilas con los glúteos

cuadrados. Los contornos de sus pectorales, hombros o abdominales estaban definidos como un caparazón de tortuga dividido en placas. Algunos grauros mostraban cambios de tonalidad entre unas partes de su cuerpo y otras. El gris de la piedra prevalecía, pero a veces podía verse un antebrazo amarillo o una sombra anaranjada entre las fisuras de la espalda, como señas de identidad similares a las huellas dactilares de un hombre.

—Veré a Sartauras de inmediato —contestó Lándar—. Dame un momento.

Gauron asintió con un gesto de cabeza, casi imperceptible. Los gigantes escatimaban cada movimiento como si les costara hacerlos, a menos que la guerra encendiera sus ánimos y una especie de fuego frío invadiera unas venas por las que no corría sangre alguna. También ahorraban las palabras.

Salió de la tienda sin más y se alejó entre una multitud de hombres y gigantes. Muchos afilaban sus armas o mantenían sus bestias a raya con látigos y cadenas.

Lándar seguía protegido tras un escudo de mentiras. Nada más poner un pie en Urkay, antes de tropezarse con ningún urkaigón, se había quemado el hombro con un hierro candente, previamente moldeado. Así se hacía pasar por un esclavo liberado, engañando a todos. Tras indagar en la historia reciente de Mordaua, descubrió el signo con el que una ciudad ya desaparecida marcaba a sus prisioneros. Según las leyes grauras, cuando el amo de un siervo moría sin haberlo vendido o cedido en herencia, éste conseguía un segundo grado de libertad. No tenía los derechos de un hombre nacido allí, pero sus hijos sí, ya que la Auronia de la isla los adoptaba bajo su protección. Los compañeros de Narcadio pidieron a Lándar que se desnudara para ver a cuántos traficantes de esclavos había pertenecido y averiguar si era un fugitivo recién huido. Vieron la quemadura y dedujeron su antigua pertenencia a la ciudad perdida. No sospecharon que pudiera ser un espía ligado aún a la Auronia Árbol de Ergondale por un simple motivo: El anciano podía atravesar las Líneas de Neiya sin perder la vida en ellas, y nadie que no hubiera sido desatado de sus antiguas lealtades por los naidones podría hacerlo. Las almas sin limpiar eran como mosquitos ante la telaraña tejida por esas Líneas.

Ni siquiera el desconfiado Gauron pensó que la marca de su pecho tuviera algo que ver.

Narcadio siguió con la vista al grauro mientras mantenía abierta la entrada de la tienda. La lona no impedía que el humo de unas hogue-

ras cercanas lo impregnara todo con el olor de lo inminente. Se preparaban las catapultas y sus proyectiles inflamables. Éstos, junto a la ayuda que Sartauras esperaba de Lándar, abrirían el paso a una hueste de rinocerontes, montados por los más temidos combatientes de toda Arane: los jinetes grauros de Mordaua. Frente a ellos, otros gigantes, los de la ciudad sitiada, empuñaban armas similares para contrarrestar la embestida. El choque sería estremecedor.



La noche caía sobre la ciudad de Marhay como un manto negro que trajera toda clase de malos presagios. No había viento, ni olas altas azotando la orilla. El murmullo del mar parecía un lamento. Pronto, otros ruidos desgarradores lo cubrirían.

Lándar venía de una isla donde la música representaba una religión. Para él la guerra era una canción grotesca, un insulto para el oído. Su letra la componían los gritos de rabia o agonía, y el encuentro entre metales servía de percusión.

Si el suelo de Urkay, seco y árido en su mayor parte, siempre tenía sed, Épsorion había acudido para regarlo con la sangre de sus hermanos marhayanos, insurrectos ante el poder de la orgullosa capital mordauense.

El comandante Sartauras, al mando de un determinado número de soldados tal como exigían las leyes, no aprobaba la amistad entre uno de sus guerreros humanos y un antiguo druida de la enigmática selva del norte, al que tenían por esclavo libre. Pero pronto se convenció de lo contrario. El anciano extranjero pondría su magia al servicio de Épsorion si luego le permitían saquear aquellas partes de la ciudad sitiada que menos importaban al gran Kau, máxima autoridad en la capital. Sartauras aprovecharía esa corta alianza hasta que ella misma se rompiera por sí sola.

Pero Sartauras no era el único que desconfiaba abiertamente de Lándar. La Magra Naidona solía limpiar las almas de todos los prisioneros de guerra y, sin embargo, aquel hombre raptado en Ergondale conservaba intactas sus aptitudes mágicas. Los grauros no recordaban ninguna batalla reciente en la isla Selva, por lo que supusieron que sus predecesores trajeron a Lándar de joven y había envejecido allí, en Urkay, sin que nadie se preocupara de confiscarle su extraña flauta.

El druida agradecía que no hubiera un solo naidón cerca para responder a esas preguntas. De lo contrario sus planes se vendrían aba-

jo. Él y Sartauras dejaron a un lado cualquier duda la noche anterior. Escupieron en el mismo cuenco y pusieron sus salivas al fuego hasta que se evaporaron juntas. Según el ritual urkaigón, serían hermanos durante un día.

—Antes de lo que pactamos, querría hablar con el gobernador —le dijo Lándar al comandante en presencia de sus capitanes, Gauron entre ellos.

Narcadio había ocupado su puesto en las primeras filas y el druida se encontraba rodeado de grauros de alto rango. Parecía una flor quebradiza entre abetos fuertes, pero no se acobardaba por ello. Los gigantes pétreos confiaban en su ayuda, y él estaba dispuesto a darla por el precio acordado.

Ningún grauro tenía un solo pelo en el cuerpo. Aunque sus cejas prominentes parecían esculpidas para dar sombra a unos ojos hundidos en piel de roca, podían fruncirlas o dibujar gestos como un humano hacía con las suyas. Aquellos ojos eran penetrantes, algunos negros como la obsidiana y otros con iris o pupilas que parecían de arena.

—Ya lo hiciste una vez, brujo —respondió Gauron—, y te echaron a patadas. No sé qué buscabas ni me importa, pero es evidente que necesitas saltar las murallas para conseguirlo, igual que nosotros.

Sartauras se entretenía limpiando la empuñadura de un inmenso martillo, reclinado sobre un gran butacón de respaldo ancho. Su falda roja le llegaba a los pies. Una faja de cuero le ceñía la cintura cubriéndole los abdominales, para terminar colgando con un reborde de láminas sueltas hasta medio muslo. Tenía remaches de metal con piedras incrustadas y estaba adornada con los mismos dibujos que las paredes del templo de Úrsar, en la cima de Épsorion.

—¿Qué les quieres decir a esos bastardos? —preguntó. Su voz era tan cavernosa como la de cualquier otro de su especie, pero hablaba con toda la tranquilidad que le faltaba a Gauron, más nervioso y arrojado. Era el único que lucía cinco pulseras en la muñeca.

—Negociar por sus vidas. Vosotros solo queréis que vuelvan a pagar tributos, y yo apenas busco algo de información. Por los dioses que habría querido encontrarla en otro sitio y no verme envuelto en esto.

—Ya —pronunció el comandante con cierta desgana, como si estuviera hablándole a su martillo en lugar de conversar con un aliado por el que no sentía la más mínima simpatía—. De acuerdo. Inténtalo. Si me ahorras unos cuantos rinocerontes muertos, tal vez valga la pena arrodillar al traidor Taurion antes de colgar su cabeza en el menhir más alto de Épsorion.

Taurion era el gobernador de Marhay, leal al gran Kau hasta que las nuevas leyes lo obligaron a desviar sus canales a campos que no eran suyos, o a pagar más impuestos para levantar tótems de protección en la frontera con Ilsay, donde los marhayanos aseguraban que no eran necesarios. Taurion, hastiado de las decisiones del Kau, mandó matar a los heraldos grauros que transmitían a lo largo de la costa la reforma sobre el reparto del agua. Sus sicarios los descuartizaron y volvieron a atar los pedazos en una parodia de muñecos.

—Te doy de tiempo lo que tardará mi ejército en calibrar las catapultas, no más —sentenció Sartauras—. Después, por tu bien espero que estés aquí para cumplir el trato. De no ser así empezaremos la lluvia de fuego sin tu ayuda. No voy a escupir en más cuencos por ti, brujo.

—Me valdrá —asintió Láandar.

Tampoco él quería perpetuar su compromiso con el comandante ni quemar más saliva como juramento, aunque solo los gigantes de piedra daban valor a ese fluido que tanto les costaba segregar. Su condición de aliado duraría tanto tiempo como tardaran ambas partes en beneficiarse de dicha unión. Luego volverían a desearse mutuamente una muerte lenta a manos de las respectivas fuerzas de sus Auronias. En realidad, Urkay y Ergondale no eran mayores rivales entre sí de lo que pudieran ser otras islas continentales con el resto. Todas se odiaban por igual.

Láandar observaba minuciosamente el paisaje mientras se encaminaba solo hacia la ciudad sitiada. La oscuridad de la noche limitaba su análisis. Él provenía de una isla colmada de selvas vivas y palpitantes, y Urkay representaba todo lo contrario a lo que amaba. Sin embargo, tuvo que admitir su admiración por el buen trabajo que los grauros desempeñaban allí.

El agua, codiciada como el oro, bajaba de las fronteras con Ilsay en ríos tan largos como escasos. En toda la costa de Mordaua apenas desembocaban unos cuantos. Por eso en Marhay era una prioridad conservar en buen estado los embalses, concienzudamente canalizados, y preferían ir a una guerra perdida de antemano antes que aceptar su expolio. Un largo acueducto recorría el desierto. De él salían incontables canales, unidos por pequeñas compuertas y mecanismos de riego. Los urkaigones habían aprovechado todos los rincones fértiles encadenándolos entre sí, y algunos tramos condenados al yugo del desierto se habían convertido en vergeles.

En las murallas de Marhay, Taurion vio acercarse a un humano desde las tropas invasoras, a pie y en solitario. Se enfureció al distin-

guir en la distancia su sombrero en forma de cuenco. No era la primera vez que lo veía.

—Otra vez ese brujo renegado —dijo conteniendo la rabia—. Debí acabar con él la primera vez que se atrevió a mirarme.

—Nuestras flechas le apuntan, gobernador —dijo otro grauro. El parecido entre sus voces y la escasez de rasgos determinados en sus caras hacía difícil calcular la edad de unos y otros. Había quien afirmaba que sus cuernos crecían un nudo por año, vueltos hacia atrás de jóvenes y retorcidos de nuevo hacia adelante en la madurez. En las hembras, que no tenían, el cálculo resultaba más difícil.

—No. —Taurion levantó una mano. A lo lejos, las hogueras de las tropas epsorianas se recortaban contra un horizonte cada vez más negro.

El druida sobrepasó un menhir con números marcados. Toda una serie de cifras recorría la roca como si un aprendiz de matemático la hubiera utilizado de pizarra para sus prácticas. Sabía perfectamente qué significado tenían, pero no le preocupaba, no mientras el estigma de su pecho siguiera donde estaba.

Las Líneas de Neiya con las que tantas veces lo habían amenazado tejían una red de hilos intangibles, de menhir a menhir, entre un tótem protector y otro, encauzadas por un extraño magnetismo que tenía por eje a la isla del Tárbot. Aunque eran invisibles, nadie podía traspasarlas sin permiso de los dioses. Mientras su energía se mantuviera canalizada, permanecían tan estables como las leyes más básicas del universo, la rotación de planetas o la atracción entre cuerpos celestes. Se entrelazaban mediante puntos de unión establecidos en los correspondientes tótems de cada isla, pero su telaraña eléctrica solo era letal para aquellos que no estaban familiarizados con ellos.

Lándar ojeó el monolito con suspicacia. Su presencia le hizo recordar a los naidones, encargados de levantarlos por todos los rincones del mundo, con distintos materiales y formas según su lealtad a una Auronia u otra. Pero allí no había magos de ninguna clase. Los de Urkay obedecían sus propias leyes. Una guerra interna entre ciudades de la misma provincia no era de su incumbencia, aunque estuviera implicada la capital o el propio gran Kau. Nadie los veía por ningún lado, detalle que Lándar agradeció.

Taurion se apresuró a bajar de una atalaya y ordenó entreabrir la puerta para hablar con el humano mediador. Los colores rojizos también destacaban en su falda o la larga capa, pero la faja que le ceñía el estómago desde las ingles hasta el esternón era de metal en lugar de cuero.

—No imaginaba ver a las engreídas tropas de Épsorion a las órdenes de un esclavo extranjero —le gritó a Lándar antes de que alcanzara un gigantesco arco de losas, donde la puerta de hierro solo se abrió lo justo para que el grauro y el humano pudieran negociar.

—No les mando —respondió el druida, llegando a su lado y alzando la mirada para poder cruzarla con la de Taurion, que tuvo que bajarla—. Ni tú ni Sartauras podéis contar con el apoyo de vuestros naidones, ya que tienen prohibido intervenir en asuntos donde no se vean implicadas otras islas. Sartauras se aprovecha de mí como yo de él.

Lándar levantó la vista aún más para enfrentarse a una montaña poblada de viviendas hasta su cima, todas de piedra. Sus habitantes habían cortado a pico las laderas más bajas para convertirlas en una muralla natural que se elevaba treinta y cinco pies desde el suelo. La entrada a la ciudad era un largo túnel ascendente, excavado desde aquel arco de sillería al nivel de la arena hasta que salía a la luz algo más arriba.

—Si la Magra Naidona no puede mostrarse a favor o en contra de nadie —intentó Taurion tomar las riendas de la conversación—, es porque las ciencias deben dejarse a un lado cuando es la fuerza la que ha de hacer de juez. Tú no deberías estar aquí. El gran Kau gusta de las artimañas, pero jamás pensé que llegara a mancillar nuestras tradiciones contando con los poderes de un antiguo siervo de Uvair.

Al oír el nombre de su Auronia, Lándar temió que alguien adivinara lo que nadie hasta el momento había logrado. Él aún era fiel a Uvair, el Árbol de la isla Selva. Si las Líneas de Neiya lo traicionaran dañándolo lo más mínimo o diera otra prueba de ello, medio Urkay se volcaría sobre él como si su presencia representara a todas las fuerzas de Ergondale.

Enfrente tenía una magnífica obra de ingeniería. Como cualquier ciudad importante de Urkay, Marhay adoptaba el apodo de “espiral” por la manera en que los grauros aprovechaban el relieve de la montaña. Una única calzada, labrada en la misma roca o pavimentada con lajas de piedra tan anchas como escudos, ascendía en una curva cada vez más alta y cerrada. Las antorchas permitían ver parte de su trazado. En la mitad inferior de la montaña, aquellas losas pulidas constituían una vía de circulación apta para carros y reses, pero en la superior, la espiral se estrechaba y salvaba las diferencias de altura mediante escalones cada vez más frecuentes. Casi todas las casas de una o dos plantas estaban adosadas a las demás, menos en los lugares donde unas cuantas escalinatas atravesaban la montaña en línea recta como radios de

una rueda. Las murallas de cualquier ciudad de Aradas no debían de ser más rígidas que aquellas paredes. Los grauros las levantaban sin ningún tipo de argamasa, colocando inmensos bloques de piedra unos encima de otros. Aunque todas sus caras eran planas, el número de cantos y vértices variaba. No obstante ensamblaban a la perfección, como fragmentos de un plato roto que alguien volviese a unir. Lándar suponía que la biblioteca se encontraba en lo más alto, en el templo con forma de zigurat.

—¿Sigues empeñado en ojear cosas que te son prohibidas, brujo? —Taurion reclamó su atención—. ¿Vuelves por el mismo motivo, o el veterano Sartauras te ha hecho marcar con un nuevo emblema uniéndote a su jauría?

Lándar hizo un esfuerzo para que no le temblara la voz. Un ergondalino jamás podría estar tranquilo rodeado de grauros, más intimidatorios si además apuntaban con sus lanzas o levantaban mazas y martillos sobre los hombros. Otros humanos, la mayoría de piel negra y algunos esclavos blancos traídos de Aradas y Nuralkäia, empuñaban diversas armas entre la marabunta de gigantes.

—Digamos que me trae el mismo motivo.

—¡No puedo creerlo! ¡Ayudas a devastar mi ciudad por un documento que ni siquiera sabes qué contiene! —Taurion escupía cada palabra como si fueran dardos capaces de dañar a ese hombre de piel pálida. Pero permanecía quieto como una estatua, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Todos los pueblos sueñan alguna vez con invadir otros. Yo sólo ando sobre huellas que ya estaban marcadas. ¿Acaso crees que he tramado esto en un par de días? He esperado más de lo necesario a que Épsorion decidiera cumplir sus amenazas contra ti. Me trae sin cuidado que sea un castigo justo o una violación de vuestras leyes. Marhay ya me cerró las puertas una vez, y me senté a esperar que alguien más quisiera abrirlas para mí.

—La última vez no quise escucharte, pero lo haré ahora. Traes la guerra a una ciudad que aún no ha olvidado la última que azotó su suelo, ese que nadie debería dejarte pisar sin estar sometido a un nuevo amo. ¿Por qué esperas encontrar algo aquí?

—Porque fue en este punto específico donde los dioses vencieron a Urburu, y donde se pierde el rastro de todos los instrumentos utilizados aquel día para conseguirlo.

Aparentar indiferencia no era complicado para un grauro, pero el gobernador de Marhay tuvo que esforzarse para no alterar su semblan-

te. No esperaba oír a un supuesto esclavo pronunciar esa frase, la misma que escuchó por boca de su propio padre cuando le confirió los secretos de la ciudad.

—Aunque ahora seas medio urkaigón —dijo todo lo sosegado que pudo—, presuntamente por perder una batalla en tu isla, tus ojos arden con el ansia de otras nuevas, por lo que leo en ellos y por lo que veo a tus espaldas. —Señaló la hilera de fogatas tras las que se escondía Sartauras—. Pero hablas de una guerra muy antigua. Antigua y olvidada, porque es peligroso recordarla. Las cenizas de ayer no podrán ayudarte a avivar tu fuego de hoy.

—No presumas de saber leer en los ojos si crees que los míos arden con ansia alguna. He servido a la paz tantas veces como a la guerra, y te equivocas conmigo si piensas que prefiero lo segundo. Solo me mantengo aferrado a todas las opciones que tengo, hasta conseguir lo que busco.

—Tal vez tus párpados estirados me impidan observar lo que veo con mayor claridad en la mirada de mis hermanos, pero las pisadas de las bestias que te acompañan pueden oírse hasta en la costa de Aradas. Creo que no me equivoco con respecto a tus ansias. Dime, ¿qué crees que encontrarás en ese pergamino? ¿Qué buscas realmente?

«*Díselo ya* —volvió a sonar aquella otra voz en lo más hondo de la conciencia de Lándar—. *Perdemos demasiado tiempo con tus súplicas.*»

Lándar no se anduvo con rodeos. Aunque hubiese querido aclarar que no eran suyas ni las bestias ni las razones del asedio, su voz interior tenía tanta autoridad en él como cualquier otra pieza de su mente. Habló con voz firme.

—Busco la Lanza del Duaray, las páginas perdidas del Piedralón y el primero de los Nacabargos, el que domina al resto.

Taurion abrió los ojos de par en par, asombrado tanto por la rápida resolución del humano como por el contenido de sus palabras.

—¿Todo eso está aquí? —Fingió una exagerada sorpresa, gesto poco apropiado en una conversación tan delicada—. ¿En la isla de Gangáia? De las tres cosas que mencionas, solo una es de naturaleza urkaigona. Búscalas en otro sitio.

Gangáia era el nombre de la Auronía nativa, protectora de Urkay como Uvair lo era de Ergondale. A Uvair lo llamaban coloquialmente el Árbol. El apodo de Gangáia era la Caracola, por razones igual de obvias.

Lándar controló la rabia que siempre lo asaltaba cuando alguien lo trataba como a un simple alumno elceta de pocos agujeros en la

nariz. No le fue difícil. De alguna manera, sentía lástima por los habitantes de Marhay.

—El Piedralón actual ya no es digno de búsqueda alguna —dijo con paciencia—. Los naidones de Aradas arrancaron muchas de sus hojas y las reescribieron a su gusto. Si hay una isla donde puedan encontrarse algunas de las originales es en mi selva, amigo. Mi antigua selva —rectificó antes de levantar sospechas—. Pero no he venido a reconstruir el libro traído por Shaldahar, sino a encontrar el único fragmento que Gangáia quiso para sí. El único que me sirve.

Taurion volvió a entornar los ojos, mudo. Hasta su respiración pareció detenerse.

—La Auronia Caracola no pierde el tiempo leyendo reliquias de hombres —murmuró por fin.

«*Este engendro de piedra esconde algo* —dijo la voz interior de Lándar—. *Miente muy mal. Los dos nos damos cuenta.*»

—Shaldahar era un querubín —interrumpió el druida a la otra fracción de su cerebro que pensaba aparte—, el más grande de los ángeles del Tárbotá, y que yo sepa, allí no hay hombres. Además, la Caracola Gangáia goza de una eternidad sin medidas de tiempo. Nadie sabe en qué emplea cada momento de soledad.

—Tal vez los dioses se equivocaron al enviarnos sus ángeles. Quizá nunca merecimos estar tan cerca de sus secretos.

«*No te desvíes del tema* —empezó a impacientarse la voz interior de Lándar—. *Si Gangáia aún tuviera...*»

—No te desvíes del tema —repitió Lándar las mismas palabras al instante, como rendido a su influjo. El estigma del pecho le escoció—. Si Gangáia aún tuviera esa hoja, iríamos a hablar con ella y no contigo. No estaríamos aquí fustigando el trasero de esos rinocerontes. —Señaló hacia atrás, aunque ahora parecía otra personalidad la que hablaba a través de sus labios.

Taurion notó un extraño cambio en la actitud del druida, algo no relacionado con la tensión del momento, pero ya tenía bastantes preocupaciones como para fijarse en eso. Tampoco se dio cuenta de que el ergondalino había empezado a hablar en plural.

—Pareces saber mucho de Urkay para ser un simple esclavo con ínfulas de invasor. —El gobernador recuperó la furia perdida—. ¿Crees que Gangáia, una Auronia enemiga de tu isla, te concedería una entrevista como hago yo pese a tener tan pocas razones? Pide a los naidones que te dejen volver a tu selva, brujo, con tus criaturas hechas de rama y madera. Aunque ahora nos pertenezcas, tu Auronia Árbol nacida de

una charca mohosa no ha recibido ninguna bendición de Etsere, su hacedor. Nada te permite tomar parte en una guerra. Los demás dioses del Tárbotá no pueden aprobar tu presencia aquí.

En Ergondale, alguien que nombrara a Uvair, su Auronía Árbol, junto a las palabras “charca mohosa”, sería atravesado por mil flechas antes de acabar la frase. Lándar dejó a un lado su afecto reverencial por Uvair para no perder los estribos. Si él insultara a Gangáia de la misma manera, saldría de allí sin lengua.

—Ésta no es una liza entre mi antigua isla y mi nuevo hogar —mintió Lándar sobre su falsa identidad urkaigona, mientras recrudecía la voz—, ni tiene nada que ver con lo que los dioses decidan en sus juegos. Solo me he sumado a una horda que ya pretendía atacaros. Déjame merodear por tu biblioteca y les convenceré para que no arrasen Marhay.

—Ellos jamás harían eso. ¿Acaso no conoces nuestras leyes? Me quieren a mí y a quienes hemos luchado por nuestra agua. El resto de la ciudad solo obedece, como obedecería mañana mismo a un nuevo gobernador si Épsorion se lo impusiese.

—Aun así, me deberán un favor si les ayudo. Ese favor puede ser vuestra salvación.

Taurion hizo una mueca, como si quisiera reír y sus labios no lo dejaran.

—Lo único que conseguirás será que respeten mis restos una vez me ejecuten, y ni siquiera confío en eso. ¿Pretendes que negocie con Sartauras el lugar donde piensa clavar mi cabeza? Nunca. Si los dioses son justos, tus bestias se estrellarán contra nuestras defensas.

—El juego de los dioses debe mucho al azar. Y el azar no entiende de justicia.

—¿Y a qué juegas tú, brujo? —Taurion empezaba a perder la paciencia. Puso los brazos en jarras y se inclinó hacia delante—. ¿A las mentiras? Los rinocerontes detestan la espera, así que deja de torturarlos. Vuelve con ellos y espera la decisión del destino. No hay lugar en mi biblioteca para un ergondalino.

Lándar volvió a ceder al influjo de su otra voz. Parecía ella quien hablaba de nuevo, moviendo a su antojo cada cuerda vocal del druida.

—Entonces —sonó con odio—, que así sea.

Todavía no había pasado el tiempo que Sartauras ofreció a Lándar cuando el comandante lo vio regresar a paso ligero. En sus ojos rasgados ardía un fuego que no había visto antes. Hasta él se sintió algo intimidado por esa mirada, pero era hora de exigirle lo acordado.

Todos vieron cómo entraban a la misma tienda, aunque pocos escucharon lo que se dijo dentro. Al rato, el ergondalino salió mucho más tranquilo y se dirigió a un collado donde podía observar toda la panorámica de la ciudad.

Narcadio lo siguió. Tenía las armas a punto, las manos sedientas de sangre y la paciencia agotada, pero sentía curiosidad por las artes del viejo y abandonó su pelotón para saciarla. Cuando llegó a la cima, Lándar ya se había sentado en aquella postura tan incómoda, con las piernas cruzadas como si quisiera anudarlas. Esta vez no cerraba los ojos ni parecía meditar. Se llevó la daekiria a la boca y la hizo sonar mientras miraba el cielo negro. Daba la impresión de querer llamar a las nubes.

Las daekirias no eran instrumentos comunes. Tenían cuatro agujeros en la parte inferior y dieciséis más en la superior, divididos estos últimos en cuatro hileras paralelas. Con los pulgares se taponaban los de abajo y se accionaban unas varillas interiores para abrir o cerrar el paso del aire en dos de las filas superiores. Los demás dedos bailaban entre los orificios de cualquier hilera que no estuviera obstruida en ese momento.

Su melodía era totalmente disonante, sin orden alguno. Aunque los sonidos brotaban sin desafinar, la música no parecía seguir las pautas de ningún compás. Lándar se detuvo de repente y se puso a observar el aire con expresión ausente.

—Suenan horrible —dijo Narcadio a sus espaldas—, y dulce a la vez.

Lándar no se giró para mirarlo, pero de momento tenía tiempo para contestar.

—Cuando hablas, mezclas letras sin cesar, aunque uses para una misma vocal la primera consonante del alfabeto o la última. Yo hago lo mismo.

El urkaigón escudriñó las nubes siguiendo la mirada del druida, sin saber qué buscaba allí.

—¿Por qué paras? —preguntó.

—Tengo que esperar a que los vientos se ordenen. Si arrastro conmigo una pequeña corriente, dejará un hueco para que otros aires lo ocupen. Ocurriría lo mismo si intentara levantar una ola en el mar. Sería imposible sin antes mover las demás.

—No parecía tan difícil cuando se lo explicaste al comandante.

Lándar ignoró el comentario. Una vez transcurrido el tiempo que creyó adecuado volvió a cerrar los ojos y se llevó la daekiria a los labios. Cogió aire y sopló mientras los dedos volaban de un agujero a

otro. Aunque consiguió un sonido más lento, seguía uniendo notas sin consideración, tanto si eran contiguas como si se encontraban en extremos opuestos de su escala. A Narcadio le fascinaba, pero empezaba a notarla insoportable. Al rato, Lándar volvió a detenerse y levantó la vista al cielo, como esperando la respuesta del viento. Notó un pequeño céfiro, y después otro un poco más violento. Aún faltaba mucho para conseguir su propósito.

—Esperaba otra cosa —murmuró Narcadio, mientras recorría con la mirada cada rincón del firmamento.

Lándar no le contestó.

—Entonces —volvió a interesarse el urkaigón por las antiguas costumbres de su amigo—, si necesitas ese tubo para pronunciar tus letras ¿no podías entenderte con esos extraños elcetas de la Selva hablando simplemente?

Por primera vez en mucho tiempo, a Lándar se le escapó una sonrisa. La ignorancia de los guerreros estaba acorde con su fuerza.

—Que los elcetas dominen la música hasta límites inimaginables no quiere decir que la inventaran —respondió—. También hablan como las personas.

—Aunque prefieren dar un tono diferente a cada palabra.

—Un látigo golpeando o un perro ladrando pueden producir distintos sonidos, como el aire corriendo por esta flauta. Pero con los instrumentos es más fácil clasificarlos. Dependiendo de su vibración la nota será más grave o aguda.

—Ya conozco tus notas, viejo —lo interrumpió Narcadio, incapaz de asimilar tanta información de golpe—, porque a cada uno de nuestros números sagrados le corresponde una, además de una isla, un color, un metal y otras cosas. Los naidones las nombran cuando recitan sus letanías.

—Conoces las siete que yo aprendí antes de saber hablar, pero créeme que me llevó muchos años estudiarlas y aún no domino ni las melodías más sencillas con las que practican los compositores de mi isla. Solo los elcetas conocen todas las rarezas de su escala musical, que es también su alfabeto.

—Déjalo. —Narcadio frunció el entrecejo—. Jamás te entenderé.

Un sopló de viento los azotó. Los dos se dieron cuenta de que no tenían más tiempo para hablar. Lándar aspiró todo el aire que pudo, preparado para que las fuerzas lo abandonaran mientras sus pulmones se vaciaban. Era hora de la estocada final.

—Déjame solo —dijo, con una mezcla de preocupación y lástima—. Es mejor que escuches de lejos.

No tenía elección. Aunque gozara de una ajustada libertad, seguía siendo un aparente esclavo, y el pacto que firmó al quemar su saliva lo obligaba a usar la magia para fines que no deseaba. Debía hacer sonar su música, levantar un remolino de aire que se convirtiera poco a poco en un pequeño vendaval. Necesitaría toda la noche para capturar cada céfiro disponible y encadenarlos todos en un único y fuerte viento. No dañaría a nadie, pero la arena se iría amontonando allí donde la corriente la arrastrara.

Luego las catapultas arrojarían sus bolas de fuego sobre las torres más cercanas a la entrada principal de Marhay, donde Lándar habría construido una rampa que salvara los treinta y cinco pies de muralla cortados en la montaña.



Los estandartes de Épsorion, con el rinoceronte negro sobre fondo rojo, ondeaban sobre las cabezas de mil seiscientos grauros. Mil doscientos humanos marchaban con ellos, tras la estela de los proyectiles caídos horas antes. La exactitud de las cifras hasta para crear un ejército era una regla que los naidones extendían por toda Arane, no solo en Uray. Al frente, a una distancia prudencial de la infantería, los rinocerontes levantaban nubes de polvo que pronto los demás atravesarían como engullidos por una tormenta de arena. Sus dueños los gobernaban con unas riendas hechas de cadenas. Parecían arietes vivos de varias toneladas, que movían de un lado a otro sus cuernos de más de una braza como simples floretes en una competición de esgrima. Los jinetes llevaban largas lanzas para romper las defensas, pero también martillos de punta roma o afilada reservados para el fragor de la batalla.

—Amanece, comandante —susurró Gauron a Sartauras. Aunque no era correcto dar prisas a un superior, la tranquilidad de Sartauras era tan desmedida como la crueldad de sus castigos. De los siete capitanes, todos los que un comandante podía tener a su cargo, Gauron era el que más méritos acumulaba para conseguir la quinta pulsera de bronce, cuando Sartauras obtuviera la sexta de general.

—Veo que vuestras compañías han terminado de formar —observó el comandante. El silencio de sus capitanes, cuatro grauros y tres humanos, le valió como confirmación—. Bien, el brujo ha hecho un trabajo magnífico.

Lándar estaba exhausto tras hacer sonar su daekiria durante más de cinco horas, a intervalos. Hacía descansos para permitir que la atmósfera se recuperara cada vez que él tiraba de sus aires para dirigirlos. Con las primeras luces del alba, los marhayanos desesperaban al ver cómo las dunas circundantes se agolpaban delante de su montaña habitada. Tenían preparadas piedras para los gigantes sitiadores y aceite hirviendo para los humanos, pero contra la arena y el viento no existía defensa posible. Una vez enmudeció la flauta, los remolinos de aire tardaron un tiempo en recobrar su orientación normal.

—Cubrid puestos —sentenció Sartauras mientras hacía un gesto a los cuidadores de su montura—. Es la hora.

Él vería la lucha desde su elefante, sin acercarse al lugar donde el acero cortaba miembros o cosechaba almas para la Auronía Caracola. Solo se reservaba la acción definitiva de la conquista, cuando enarbolara la cabeza del conspirador Taurion. Para entonces, la ciudad ya debía ser un mar de vísceras humanas y pedazos de roca arrancados de los cuerpos de los gigantes. En las trifulcas políticas entre ciudades de una misma provincia no podían dañarse más que los edificios precisos para el asalto. Al Kau no le interesaba retomar el poder sobre una ciudad en ruinas.

El elefante, pintado con números y dibujos rojos desde la frente a las patas, cargaba con un grauro sentado sobre el cuello y a Sartauras de pie sobre una cesta en su lomo. Un animal normal habría caído ante el peso de dos híbridos urkaigones, pero allí, en la isla de la Caracola, incluso las bestias parecían tener en sus músculos alguna propiedad de la piedra. Tanto los colmillos de su montura como los cuernos de los rinocerontes aparentaban frías estalactitas, afiladas para servir a la muerte.

Lándar apenas se percató de nada hasta que la disputa había tomado ya su crudeza habitual. Cuando levantó la vista, el sol estaba muy por encima de la línea del horizonte. Los gritos lo despertaron de un trance causado por el más absoluto cansancio. Sobre la rampa de arena que él había creado con música, los rinocerontes de Épsorion trotaban hacia ese trágico final que siempre esperaba a los que abrían las primeras brechas. Los marhayanos ya no podían atrincherarse en aquella espiral pavimentada. Salieron al encuentro de sus hermanos y chocaron como dos olas furiosas en medio de un temporal. Extremidades y cabezas rodaron en direcciones opuestas, pisoteadas por rápidas pezuñas que no se detenían hasta que colisionaban contra algo.

—¡Id a buscarlos! —gritaba Taurion desde una atalaya. Otras torretas con mejor disposición defensiva habían ardido tras la intervención de las catapultas—. ¡Si quieren nuestra agua, que la paguen cara!

Su orden solo era el eco de otras similares pronunciadas por sus oficiales. Ambas tenían el mismo efecto tanto en soldados como en ciudadanos. La rabia los poseía.

Una nube de flechas ascendió desde la ciudad, para convertirse en una lluvia de silbidos que atravesaba cráneos y escudos por igual. La piel humana era vulnerable ante ellas, pero se necesitaban muchas para ocasionar daños graves a un grauro. El invasor, no obstante, traspasó aquella cortina de acero y madera dejando atrás a los caídos.

Narcadio iba a la cabeza de su pelotón, seguido de los cincuenta y seis hombres que el estamento militar ponía a su cargo. Cercenó un brazo a un esclavo y decapitó por la espalda a otro guerrero tan fornido como él. La sangre que le resbalaba por la cara le nublabla la vista, pero no perdió un instante para comprobar si era suya o no. La limpió con la mano y a punto estuvo de ser aplastado por una inmensa maza graura. Un rinoceronte cargó contra su portador y lo reventó literalmente. El grauro se desplomó, partido en dos, aunque solo sangró unas pocas gotas de líquido transparente.

—¡Farko! —gritaba a uno de sus cabos— ¡Por Gangáia, Farko, reúne a tus hombres!

La respuesta de Farko fue un estertor ahogado. Un grauro había cogido una lanza de las manos de un jinete muerto y lo ensartó como un trozo de carne para asar. Tras levantarlo a dos brazas del suelo, lo utilizó como arma arrojadiza contra otro cabalgador de rinocerontes. El jinete cayó, para ser rematado después por una maza que le abrió la cabeza. Pero su montura embistió de lleno al verdugo de Farko y lo arrastró unos pasos a través de la multitud, con el cuerno saliéndole por la espalda.

—Demonios —murmuró Narcadio mientras detenía tres estocadas consecutivas de una espada curva. Aunque los esclavos de Marhay apenas sabían utilizar sus herramientas de siega como armas, las dificultades se incrementaban cuando tropezaba con un luchador curtido. Tras una finta perfecta, Narcadio consiguió desviar la espada enemiga al suelo y la pisó con un pie. Su dueño se agachó sin querer soltarla, creyendo que podía liberarla de aquella suela antes de que el experto epsoriano hiciera otro movimiento. Pero a un soldado de la capital no se le daban tres pulseras de bronce si no era capaz de encadenar dos golpes seguidos. De un solo tajo en el hombro, su cimitarra se hundió hasta el estómago del marhayano.

Todavía no había tenido tiempo de sacarla cuando una flecha se le incrustó en el muslo. Las saetas mordauenses tenían varias púas;

solo había una forma de extraerlas. Sin pensárselo, empujó la varilla hasta que atravesó completamente la carne.

Su sangre se mezclaba con muchas más sobre las gigantescas losas de la espiral ascendente. Su pelotón había conseguido llegar a media altura de la montaña, por detrás de otros que sufrían mayores bajas.

—¡Dioses del Tárbot! —exclamó cuando se vio bajo la sombra de un inmenso martillo cuadrado. Lo esgrimía un grauro marhayano con cuatro pulseras en su muñeca, señal bastante desalentadora para alguien que sólo podía protegerse con la espada. Todos sus hombres luchaban por sus propias vidas, y se necesitaba a varios para acabar con un gigante como aquél.

El martillo cayó como un trueno mientras Narcadio calculaba distancias entre amigos y enemigos, entre huecos de huida y puntos de ataque. Casi media tonelada de hierro forjado buscó su cabeza para convertirla en papilla. Narcadio se vio arrinconado por otros soldados, que chocaban entre sí como si ellos mismos fueran las armas. Sacó el cuerpo del lugar del impacto, pero dejó una pierna atrás, bajo el martillo. Su pie derecho quedó aplastado en el suelo como una fruta podrida tirada desde un balcón. Con un grito agónico, se llevó las manos a la carne que le colgaba del hueso y se olvidó de la cimitarra, de su vida, de su futuro alejado del ejército en caso de que sobreviviera o del destino de las almas con las que la Auronia Caracola jugueteaba tras cada batalla.

El siguiente movimiento del capitán marhayano fue pisarle el pecho con un pie que no se diferenciaba mucho del martillo, al menos para un cuerpo blando y débil como era el de un humano. El grauro jamás supo si aquel invasor epsoriano aún estaba vivo cuando le arrancó la cabeza de un tirón y la arrojó con rabia calzada abajo. Ésta se detuvo en un charco formado por muchas sangres, al tropezar contra una marea de botas, pies de piedra y pezuñas que pujaban por ganar unos pasos al contrario.

Narcadio no pudo ver cómo los suyos se acercaban cada vez más al zigurat que servía de templo, palacio y biblioteca en la cúspide de la montaña. Una vez llegaran allí, el estandarte local caería, y cada marhayano superviviente se arrodillaría de inmediato aceptando la derrota. Se detendrían al instante los gritos de rabia, los golpes de espadas o martillos y la música infernal que tanto desagradaba a un extranjero ergondalino que se hacía pasar por esclavo.



La sombra se arrastraba entre las Líneas de Neiya por las pocas rendijas que éstas dejaban entre sí. Hizo cuanto pudo por llegar a Marhay antes que sus oponentes más directos, pero fue imposible. Aunque era un alma poderosa, arrancada por poco tiempo de un cuerpo que la reclamaría pronto, no tenía cualidades que le permitieran traspasar esas Líneas como hacían tantos otros.

Por supuesto, tampoco tenía permiso. Aquellos que daban autorización para cruzarlas, según lo dictaminaran en sus juegos, la creían dormida. En verdad lo estaba. Sus andanzas nocturnas solo eran parte de sus sueños.

Nadie, ni los dioses en la cima del Anampio, en el corazón del Tárbot, donde las ventanas de un palacio labrado en la roca miraban hacia abajo para poder ver las nubes, ni sus Auronias repartidas por las siete islas de Arane, imaginaban que aquel ente pudiera pisar las arenas de Urkay igual que un grauro cualquiera.

Siempre se movía de noche, como una mancha negra diluida en una negrura mayor. De día no encontraba fuerzas para hacerlo. Se arrastraba por el suelo sin poder despegarse de él, pero a veces lograba formas muy precisas, como si un pintor experto la hubiese dibujado sobre la tierra. Se formaban facciones de gato en su rostro cuanto quería rastrear con el hocico, o le salían zarpas felinas cuando intentaba dar un salto.

Había seguido todos los caminos posibles que la acercaran a Marhay, hasta que pudo ver el fuego de sus antorchas y oír el sonido de sus cinceles en la roca, moldeando la montaña. Pero las Líneas de Lantra en el mar y las de Neiya en la tierra siempre acababan interponiéndose. A veces encontraba huecos débiles y lograba romper sus códigos protectores, siempre con escasos resultados, volvía atrás y buscaba otros, para tropezarse con el mismo problema.

Cuanto más conseguía aproximarse a Marhay, más podía oler el miedo de sus habitantes. Lo olfateaba mientras duraban las noches, ya que por el día buscaba rincones donde no llegara el sol y caía en una especie de letargo. Tanto miedo no era normal. De entre todas las ciudades espiral que había en la isla de Gangáia, aquella en especial se preparaba para combatir. La sombra no sabía si adoptaba el papel de invasora o invadida. Por si acaso, debía darse prisa.

Pero ahora un sol plomizo se abatía sobre Marhay con la misma fuerza que las tropas de Sartauras, y la sombra no podía hacer más que

esperar a que el cielo se volviera negro como ella. Aunque dormitaba, el miedo de los marhayanos le empapaba los sentidos, unidos a un dolor intenso que también percibía. Alguien llevaba a cabo una masacre. Cuando parara, se dijo, tal vez ya no habría necesidad de buscar grietas entre las Líneas de protección.

Si sus oponentes llegaban antes, suponiendo que ella fuera capaz de llegar, tan largo viaje habría sido en vano. O quizá todo lo contrario, si sabía aprovechar las circunstancias.



Desde que el Kau de Épsorion decidiera mandar un regimiento completo a la urbe sublevada, Sartauras supo que no podría beneficiarse de la magia de sus naidones, aunque contaba con una ventaja colateral: Tampoco habría uno solo que defendiera los intereses de Taurion. La ley les prohibía tomar parte cuando las almas ofrecidas a su Auronia eran las de sus propios siervos, por lo que no desestimó la ayuda de Lándar cuando se le presentó. El druida quería su parte. Apenas pedía que lo dejaran merodear por el zigurat superior donde se habían fraguado las revueltas contra la capital, y Sartauras no encontró ningún inconveniente, por mucho que desconfiara.

Los marhayanos que no estaban heridos o se habían refugiado en sus casas dejaban paso al ejército vencedor como si nunca hubieran sido invasores. Su estandarte había caído. No podían hacer más que aceptar su destino y comenzar una nueva vida. Por supuesto, pagarían cuantas sanciones y aumentos de impuestos quisiera imponerles el Kau.

Tras el estruendo de la batalla llegó una calma casi absoluta. Quedaban los lamentos de los mutilados y el llanto de algunos niños humanos que habían perdido a sus padres. Pronto llorarían muchos más, cuando Épsorion reclamara a sus madres como suyas y dejaran de ser esclavas en Marhay. Los edificios apenas fueron dañados.

—Creo que Narcadio murió allí arriba, brujo —le dijo Sartauras a Lándar, a poca distancia de la rampa de arena que él mismo había levantado hasta lo alto de la muralla natural—. Ya nada te ata a mis tropas.

Lándar lamentó la muerte de Narcadio, pero no olvidaba que, de no ser por él, un gusano mamut aún estaría digiriéndolo. Morir en batalla era más honorable.

—Tampoco creo conveniente que hagas nuevas amistades aquí —continuó el comandante—, si no es con otra gente que comparta tu errante condición de esclavo libre.

—No quiero sembrar nada donde sé que no recogeré cosecha —contestó Lándar—. Me iré en cuanto cumplas tu promesa. Recuerda que nuestras salivas se evaporaron juntas ayer.

Sartauras se alejó unos pasos y miró hacia arriba, para encontrarse con mil ojos que lo observaban desde la montaña de casas. Tanto los que habían luchado a su lado como los que se resistieron aguardaban sus decisiones con la misma mirada vacía de sentimientos. Él no esperaba menos de ningún grauro, y los humanos urkaigones habían adquirido mucho de la personalidad de los gigantes.

—Deberíamos llevarlo ante los naidones —le susurró Gauron al oído, si es que aquel agujero carente de orejas entre los anillos de su cornamenta podía llamarse así—. No soy el único que desconfía de esa flauta, ahora que ya no sonará para nosotros.

—Lo sé —respondió el comandante con la misma voz queda—. Pero nos ofreció su saliva además de su música.

—¿Qué importancia tiene la saliva para un antiguo brujo ergondalino? Aún guarda sus virtudes. Los naidones deben saberlo para decidir si puede seguir con ellas o tienen que extirpárselas.

Lándar no necesitaba esforzarse para oírlos desde lejos. Era tal el silencio que siguió a la batalla, que podría haber escuchado la conversación a mil pasos de distancia.

—Ya fui esclavo una vez —dijo acercándose. No le importaba que los grauros sospecharan de sus capacidades auditivas—. Ahora soy libre y sirvo a Gangáia. La caída de Marhay en beneficio del Kau es la prueba.

Aquella evidencia y su saliva en un cuenco eran más de lo que Gauron pudo discutir. Cualquier argumento sin base se consideraría un intento vano por romper una promesa, y los grauros se cortaban los dedos a hachazos antes de permitir que nada mancillara su honor. Lándar lo sabía perfectamente.

—Está bien —dijo Sartauras, aunque le costaba pronunciar cada palabra—. Coge tu papel y vete.

El druida no se molestó en recrearse con reverencias ni gestos de agradecimiento. Subió por la arena hasta lo alto de la puerta sepultada, donde horas antes había conversado con el gobernador de la ciudad.

Sin pensárselo, cogió aire y suspiró mientras sus piernas se movían sobre aquel suelo manchado de sangre. Nadie, ni grauro ni humano, ni soldado ni esclavo, se atrevió a interponerse entre el extraño aliado de Épsorion y su meta.

Los gigantes, algunos ataviados con las insignias del rinoceronte epsoriano o con la rosa espinada local, lo miraban con indiferencia. Sus gestos eran altivos, arrogantes, pero en sus rostros siempre serios se adivinaba un profundo respeto hacia todo lo que mereciera ese trato. Lándar parecía habérselo ganado. Casi podía oler en ellos el orgullo de sentirse fuertes como ninguna otra raza híbrida, incluso al ser derrotados. Ese sentimiento se codeaba con una modestia absoluta al saberse simples instrumentos de poderes superiores. Su Auronia, la Caracola Gangáia, apenas trataba con ellos. Los grauros creían ser criaturas de la propia Madre Tierra tanto como de Iris, la diosa protectora de Urkay vinculada a la Caracola.

Lándar huía de sus miradas. No era normal ver allí tan inmóvil a alguien que acababa de ganar o perder una batalla, como si hibernara de pie y con los ojos abiertos. Le recordaban estatuas.

«¿Estás seguro de poder encontrarlo?» —habló con su voz interior. A veces le formulaba preguntas que la otra conciencia se negaba a responder, pero sabía que ahora el silencio era lo menos apropiado para ambos.

«Que yo dude de ti no quiere decir que tú puedas dudar de mí. ¿Vas a perder la fe después de haberte guiado hasta aquí?»

«Una cosa es oler el humo y otra muy distinta encontrar la ceniza.»

«Si el pergamino pertenece al original o a cualquiera de sus dos copias sagradas brillará con una luz que tú no podrás ver, pero es la que yo mejor distingo.»

«Raro en alguien que ni siquiera nota la del sol.»

«Al menos que me acerque a tus ojos y la perciba a través de ellos. Es evidente que ese astro no pertenece a mi plano. Si me concentro en lo más hondo de tu ser, solo veo la irradiada por los objetos surgidos de mi isla.»

«Bueno, para algo debes de servir...»

El sarcasmo no agradaba a aquel ente interno cuando no era él quien lo usaba. Lándar se conformó con su respuesta y continuó el camino hacia la biblioteca.

Las puertas del zigurat se encontraban en el eje de la calzada, en lo alto de la montaña. Lándar buscó un atajo para no tener que recorrer toda la espiral. Encontró el inicio de una larga escalinata que se abría entre dos fachadas, construidas con losas de distintas formas y tamaños, algunas de hasta siete vértices. Cuando no encajaban a la perfección, el agujero resultante servía de ventana, por irregular que fuera.

Los peldaños estaban esculpidos en la roca o pavimentados con el mismo material que las paredes. Eran tan grandes que muchas veces tenía que poner los dos pies sobre uno para subir al siguiente. Los grauros no plantaban árboles ni abundaban los adornos, pero rara era la piedra que no aparecía tallada con magníficos dibujos geométricos o números de valor místico.

Los naidones abandonaron la ciudad hasta que se decidiera su destino, por orden de una Magra que se desentendía de actividades tan burdas como una operación de castigo. Cuando regresaran, les daría lo mismo un vencedor que otro, aunque ellos mismos se apresuraban a mover los hilos de la guerra cuando otra isla se veía implicada.

«*Sigue acercándote —dijo la voz—. Ya lo noto cerca.*»

«Donde vamos a entrar debe de haber más libros que granos de arena en este desierto. Espero que hagas algo más que notar. No pienso pasarme una semana aquí revolviendo estanterías.»

«*Deja que yo me ocupe. Solo es un pergamino... parte de una obra que mis amos nunca debieron daros.*»

Lándar llegó al lugar donde el principio de la espiral se reunía con todas las escalinatas. Éstas cortaban las aglomeraciones de casas adosadas como una tarta dividida en porciones. La pirámide escalonada de cinco pisos era tan maciza como la roca prima sobre la que se alzaba.

—¡Detente, brujo! —gritó una voz grave a sus espaldas. Era la de Taurion—. ¡Desiste en tu empeño!

El gobernador, prisionero, se debatía entre cuatro grauros epsorianos que ajustaban unos gruesos grilletes a sus muñecas. Lándar habría muerto asfixiado bajo el peso de unos cuantos eslabones de aquella cadena. Algunos oficiales marhayanos compartían su arresto con expresión altiva, pero los que no presumían de altos rangos fueron indultados de cualquier acusación, como la mayoría de ciudadanos. Sartauras no quería una ciudad devastada, o al menos ésas eran las órdenes que traía de la capital. Todos los soldados de dos o menos pulseras se limitaban a observar a sus superiores condenados como si fueran pedazos de una promesa rota.

—Debiste escucharme cuando aún estabas a tiempo —le dijo Lándar, extrañado por la poca resistencia que mostraban los presos después de haber puesto tanto empeño en sus protestas. Los grauros podían cuestionar las leyes y levantarse en armas contra sus defensores, pero el sentido del honor les prohibía hacerlo después de que su estandarte cayera.

—Jamás ha habido tiempo. —Taurion respondió con una mezcla de orgullo y dolor—. Sartauras no habría perdonado mi insolencia, ni el Kau mi idea de la justicia.

—Ninguno de mis actos es para mal de Urkay, si es eso lo que temes. Ya lo prometí a tus hermanos allí abajo.

—¡Ellos ni siquiera saben qué esconde en la pirámide! —exclamó Taurion, aunque bajando la voz. Intentaba reprimir su furia para no llamar la atención de sus aprehensores— ¡Ni les importa!

—Por eso no comprenden qué hago aquí. Dudo que tú entiendas más.

—¿Qué sabrá sobre promesas y comprensiones un traidor ergondalino, que olvida a su Auronía para apenas merecer el favor de otra? No eres nada aquí. Pisas sobre suelos fangosos que te tragarán antes de que te des cuenta.

—Tienes problemas graves, gobernador. Ocúpate de ellos y yo me ocuparé de los míos.

Lándar se encaminó a la biblioteca con paso firme, como si conociera cada edificio de la ciudad. Al otro lado de la puerta principal del zigurat, varias escaleras subían hacia los aposentos gubernamentales o al santuario superior, donde se encontraban dos altares en honor a Iris y Gangáia.

—¡No me obligues a suplicártelo! —gritó Taurion. Su voz sonaba apagada desde fuera—. ¡Un grauro jamás suplica!

Las columnas interiores eran de base cuadrada, grabadas con inscripciones numerales que tejían un escudo mágico similar al de las Líneas de Neiya. Cada número esculpido era parte de un código protector que además convertía el edificio en un lugar sagrado. También las escaleras habían sido víctimas de los cinceles de los magos. Cada peldaño mostraba una cifra en orden ascendente como si alguien se hubiera empeñado en contarlos.

Los dígitos servían de herramientas esotéricas para los naidones numéricos, miembros de una de las dos Magras existentes. La otra utilizaba las letras del alfabeto nimeano para finalidades similares. A Lándar le parecían iguales. Él era un druida de la Selva. No conocía más protecciones mágicas que las que tejían en Ergondale mediante notas musicales.



Durante meses, la sombra se arrastró sin dejar huella. No necesitaba alimentarse, pero la debilidad la consumía poco a poco. No aguantaría consciente mucho más tiempo sin el sustento de aquel cuerpo que había abandonado. Y ese cuerpo también empezaba a resentirse de su ausencia.

La sombra recorrió el mundo de extremo a extremo. Tras dejar atrás los hielos de Mén-hu, cruzó la tundra de Guir-hán escondiéndose de los sentidos de la Auroña Mono de Aradas, que seguramente seguiría percibiéndola de forma vaga hasta que dejara su suelo. Encontró algunos seguidores fieles y les dijo en qué consistía su misión. Ellos juraron estar preparados para cuando precisara de sus servicios. Luego se hundió en el mar y atravesó las Líneas Marinas, no sin antes perder allí parte de su fuerza. Cada paso que daba significaba un lacerante latigazo. Siguió hacia el sur por las tierras de Matzhe y buscó a otros adeptos entre los híbridos insecto. Les dio prisas. Estaban avisados de que algo se movía en el mundo, pero ya era hora de tomar parte en esos movimientos. Los adeptos obedecieron, aunque siguieron tan ocultos como ella.

Semanas después, tras volver a un mar que renegaba de su presencia, las costas de Urkay se abrieron ante su exigua visión. Tampoco la tierra se mostró amable con su llegada. Las Líneas de Neiya la azotaron constantemente, sin acabar con ella como habrían hecho con cualquier alma mortal. La sombra se introdujo por las pocas grietas que ofrecían.

En comparación con su dolorosa hazaña, encontrar al druida humano no fue tan difícil. El poder del anciano o su instrumento musical no le importaba, pero desconfiaba de la astucia de su parásito. En aquel cuerpo viejo y cansado había despertado un alma que se sumaba a las tres que el druida ya tenía de nacimiento, como una huella impresa por uno de sus más odiados enemigos, si no el que más.

Esa alma parásita tenía ahora el pergamino, tanpreciado para la sombra. Por él, había dejado un agujero en el suelo congelado de Mén-hu al que llamaban el Pozo, de donde nadie creyó que pudiera salir. Se maldijo por no haber averiguado antes su paradero y dedicó sus habituales injurias a los responsables de repartir esa información. El druida lo supo antes, pero ningún secreto duraba demasiado mientras el juego de los dioses siguiera activo. La sombra se enteró después y fue acortando ventajas día a día.

Pese a su rabia, no fue capaz de blasfemar contra los caprichos del Tablero. Todos aceptaban el destino trazado en sus casillas, por fatales que fueran las decisiones tomadas a medida que las piezas caían eliminadas, o por tarde que les llegara el aviso de la suerte que sufría cada una.

Todavía faltaban unas horas para que el sol declinara. Cuando llegara la noche y pudiera moverse, tampoco la deseada oscuridad le aseguraría poder acercarse más a sus objetivos. Correr ya no servía de nada. Era hora de trazar un segundo plan, de rastrear a quien había corrido más.



Lándar tardó poco en volver a salir del zigurat. Cuando lo hizo, Taurion aún estaba allí, esperando a que el propio Sartauras subiera a buscarlo. Solo se arrodilló cuando las cadenas lo obligaron.

Ambos cruzaron la mirada mientras mil pensamientos distintos revoloteaban por sus mentes. El gobernador olvidó los suyos cuando vio un tubo forrado en piel bajo el cinturón de anea del viejo. Tenía el pergamino. ¿Cómo pudo encontrarlo tan fácilmente?

—Brujo —lo llamó con una voz extraña, tirando de unos eslabones que ninguno de los soldados epsorianos pretendía aflojar—. No tengo tiempo para preguntarte sobre todas mis dudas, pero has de saber que la propia Caracola confió en mi abuelo para que ese pedazo de papel no volviera a manos humanas.

Lándar ya se dirigía a la escalinata por la que había subido antes. Quizá fuera la compasión la que hizo que se detuviera y dedicara unas palabras a aquel que no quiso escucharlas antes.

—¿Por qué Gangáia no lo guardó entonces, si era tan importante? —preguntó—. Habría sido más difícil entrar en su Nido que asediar esta ciudad condenada.

El ergondalino hablaba sin rabia, aunque sus ojos sí la emitían. Tampoco parecía dar demasiada importancia a su trofeo, que ni siquiera se molestó en esconder bajo las ropas.

—Las Auronias también sufren el dolor del remordimiento —respondió Taurion. Era extraño que en su voz, grave como un rugido de león, hubiera todavía menos odio que en la del druida—. Heredaron los defectos de los dioses, pero apenas los despojos de sus virtudes.

—Gangáia debe de estar riéndose de vuestras guerras. Hoy habrá engordado, relamiendo todas las almas que les hemos ofrecido como tributo.

—Ninguna Auroña saborea las *Krainas* de sus fieles. Disfrutan más con las de aquellos que no pertenecen a su isla. La de hoy era una guerra entre hermanos, entre almas que ya le pertenecían. Tal vez mañana los dioses dictaminen que tu Selva sea arrasada por las huestes de Urkay. Entonces sí engordará la Caracola. Hoy llora mientras se alimenta de nuestra esencia.

Además del cuerpo, a todo ser vivo se le atribuía, al menos, tres elementos espirituales independientes: la *Kraina*, la *Nakra* y la *Imnada*. Todas las criaturas inmortales y solo unos pocos elegidos entre las mortales tenían más, como una mezcla de medias almas que entretejían una única.

La *Kraina* sobrevivía a la muerte de la carne. Aunque estaba ligada de por vida a la tierra natal, muchas caían en poder de otras Auroñas. Supuestamente, ellas moldeaban las almas de los caídos, reencarnando las de sus siervos mientras que las de sus víctimas, originarias siempre de otras islas, les servían de alimento.

Lándar dedicó a Taurion una extraña reverencia, totalmente fuera de lugar, y se dio la vuelta para dar el primer paso hacia la añorada soledad. Se alejaba dispuesto a olvidar a amigos y enemigos. Aunque había colaborado abiertamente en la desgracia de la ciudad, el destino de sus gobernantes sublevados sería una carga en la conciencia de los vencedores. No quería nuevos remordimientos allí donde no le cabían más.

—Druida —lo llamó Taurion con un susurro. Ahora su voz sonaba quebrada, como la de quien pide perdón sin querer perder el orgullo por ello.

Lándar se giró. Era la primera vez que el grauro lo llamaba así, en lugar de usar la palabra “brujo” como sinónimo despectivo.

—Debes saber algo —continuó el gigante—. Mi abuelo se lo dijo a mi padre y mi padre me lo dijo a mí. Mi hijo, el único que sabe de qué hablo, no está aquí, ni creo que vuelva a tiempo para poder sugerirle nada. Así que te lo diré también a ti. Por una causa u otra, tú has acabado siendo el heredero del pergamino, no pienses que lo hago por otra razón. Gangáia sabía que esto ocurriría. Nos lo advirtió.

Lándar se quedó callado, pensativo. Era extraño que su otra voz no lo acosara ahora con sus frecuentes prisas o insultos. Las dos personalidades que escondía bajo su sombrero de anea tenían las mismas ganas por salir de allí y abandonar de una vez por todas a ese cabecilla arruinado.

—¿Qué advirtió y a quién? —preguntó.

—Que el único recuerdo que guardó del Piedralón se mantuviera lejos de los hombres hasta que llegara el momento. Tal vez ese momento sea ahora.

Lándar prestó más atención, todavía desconfiado. El gobernador podía estar usando sus últimas cartas para tratar de engañarlo.

—¿Acaso no lo ves? —Taurion pareció impacientarse—. Si nuestra Auronia Caracola lo hubiera conservado, tú no estarías aquí, sino camino de su guarida. Un gusano cobra te habría engullido en el desierto si te hubieses adentrado a solas en sus dunas, mientras que aquí has contado nada menos que con la ayuda de Épsorion, la gran espiral ascendente, la ciudad estranguladora de ciudades.

—Comprendo lo que quieres decirme. Un ejército grauro me ha dado el pergamino, pero ningún grauro habría acompañado a un antiguo enemigo ergondalino al Nido de Gangáia.

—Ella sabía que vendrías. Lástima no haberme dado cuenta antes. Si no son señales suficientes, que mi abuelo y mi padre me maldigan por contarte esto.

Lándar preparaba una nueva pregunta cuando un séquito de grauros apareció por la última curva de la espiral. Sartauras caminaba regodeándose en cada paso, bajo el estandarte de Épsorion. Cuando vio al gobernador, arrodillado como había mandado, el viejo aliado que tocó la flauta para él ya no estaba allí.

Gauron participó en el linchamiento. Arrastraron a Taurion hasta las afueras de la ciudad, ataron sus extremidades a las sillas de montar de cuatro rinocerontes y los azotaron para que marcharan en distintas direcciones. El gobernador aguantó unos momentos con el gesto contraído. Luego un grito escapó de su garganta y cada bestia se alejó con una parte de su cuerpo. Sartauras cortó la cabeza muerta y la clavó en lo alto de una pica, sobre la cesta de su elefante. Aquella ciudad tardaría mucho en volver a cuestionar los decretos de la capital.

Lándar ya estaba lejos cuando todo volvió a la normalidad. Tenía razones suficientes. Si los naidones de Marhay, siempre sumisos ante quienes les mandaban desde Épsorion, lo encontraban allí, le harían muchas más preguntas de las que le habían planteado hasta ahora. A ellos no podría engañarlos con una simple quemadura en el hombro, ni escaparía a sus iras cuando vieran otra marca que no era tan falsa, la de su pecho.

Cruzó tantas Líneas de Neiya como la isla le permitió, pero sin alejarse demasiado. Todavía no sabía qué dirección tomar. El pergamino, fragmento de un libro que la humanidad conocía bastante distor-

sionado, se lo diría una vez descifrara su contenido. En verdad, solo había dado el primer paso. Lo que en realidad buscaba era la Lanza del Duaray.

Mientras tanto la noche se acercaba, y todo lo que viniera con ella.



MATZHE: LA COLMENA

La fiesta del polen había marcado el final de la primavera. Cientos de cámaras rebosaban de miel tras la recolección y, por primera vez en mucho tiempo, las hembras humanas habían participado en las danzas aladas además de ayudar en su labor a las del enjambre orbione. En Syrah, la mayor colmena de toda la provincia de Edentis, aún había hambre de celebración.

Las tabernas abundaban por las galerías y los laberintos de roca que confeccionaban una ciudad excavada en las entrañas de un peñón. Allí sus comensales derrochaban licores de miel y compartían wingos, una especie de pulgones enormes que dormitaban en sus jaulas mientras sorbían la savia de los mindarilos. A menudo se los estrujaba para beber de sus líquidos vitales y luego se los metía de nuevo en las jaulas, para que volvieran a engordar.

Trautzhio, un curtido orbione guerrero que lucía cuatro broches en su banda, disfrutaba de uno tras vaciar otras tres jarras de licor de miel negra recién destilado. Tenía varias cicatrices en su exoesqueleto, sobre todo en el tórax, y había perdido algo de vista desde que una espada enemiga le rebanó parte de la antena derecha.

—Capitán de cuatro broches —sonó una voz a su espalda—. Llevo horas buscándote.

Trautzhio se giró lentamente, notando por primera vez los efectos de la embriaguez. Sus ojos compuestos, situados en los laterales de la cabeza, estaban divididos en facetas hexagonales, como todos los de su raza híbrida. Ahora mostraban un color oscuro que delataban su mal estado. Si en Urkay predominaban unos grauros que eran como la mezcla de un hombre con una roca, allí los orbiones parecían salir de la combinación entre un humano y una abeja.

—La reina nos ha convocado —continuó Gartzha sin dar la menor importancia a su aspecto, acentuando cada palabra con toda la seriedad que siempre intentaba poner en ellas—. Se están haciendo preparativos para salir de caza.

Gartzha tenía igual número de broches en su banda, aquella tela púrpura que cruzaba en diagonal el tórax de los zánganos guerreros y luego se dejaba colgar sobre las alas a modo de capa. Ambos estaban

tres broches por debajo del escalafón más alto en el ejército matzhi. Los cuatro emblemas de acero lucían al lado izquierdo del protórax, a la altura donde un humano tendría la clavícula. Tenían la forma redondeada de un escarabajo.

—¿Otra vez? Solo han pasado dos años desde la última incursión. Ganamos esclavos y Tzhina engordó en su Nido, allá en las cascadas, pero perdí a dos sargentos de tres broches. Tardé mucho en recomponer mi compañía.

Gartzha se acercó para poder bajar el tono. Todo su cuerpo era una composición de colores negros y amarillos. En cualquier orbione podía destacar más uno u otro, combinándolos a rayas horizontales y manchas ovaladas. Las alas transparentes eran la única excepción.

—Matzhe se alimentó de mucha energía terrenal y lo sabes. Desde entonces los campos han florecido mejor, y el néctar de los glamios ha ganado calidad.

Trautzhio no pudo evitar pensar en los glamios. Como pueblo que subsistía primordialmente del producto de muchas flores, todo matzhi sentía una sublime adoración por esas plantas. Eran gigantescas y llenaban valles enteros, imitando la forma de los espinos pero alcanzando alturas que envidiarían muchos árboles de la propia Ergondale. El orbione se levantó con dificultad, apoyándose en la misma rama de mindarilo de donde había cogido el wingo de sangre dulce. También los mindarilos eran endémicos de Matzhe. Eran todo raíz, con apenas un par de hojas por cada varios palmos de madera. Sin necesidad de luz para vivir, atravesaban las galerías de cualquier colmena subiendo por techos y paredes, adheridos a la roca. Absorbían la humedad de la tierra en los cimientos de la ciudad para dejar que los wingos se la robaran mucho más arriba. A menudo había que esquivar las ramas demasiado gruesas que se arrastraban por el suelo o agacharse para sortear las que se colaban por las entradas redondas de cada estancia, pero casi siempre se conformaban con entretejer un tapiz de lianas en las paredes, ocultándolas por completo a veces. Eran como venas recorriendo toda la anatomía de Syrah.

—Hace tiempo que perdí la confianza en esa creencia —dijo Trautzhio con voz cansada—. Para mí la tierra sigue siendo la misma, por muchas batallas que se ganen.

Gartzha estiró las antenas, clavó una mirada desconfiada en cada rincón de la taberna y se acercó a su compañero de grado. Para un ser que no tenía parpados, la única manera de adivinar sus sentimientos a

través de los ojos era observar los cambios de color en sus diminutas facetas o lo dilatadas que estuvieran.

—Cuida tus palabras —susurró—. Muchos pusieron en duda las creencias antes que tú, y a ninguno de ellos lo verás por aquí.

Syrah era una ciudad alegre y ajetreada, pero no era ni mucho menos un lugar de paz. Sus habitantes se dividían en castas muy desigualadas. Entre los orbiones, la raza híbrida predominante, la primera la ocupaba la reina. Por debajo estaban los naidones y los soldados, escalonados según su grado, y por último los obreros recolectores, ya fueran zánganos o hembras. Entre los humanos, además, se diferenciaba a los hombres libres, bien habituados a la vida matzhi, de los esclavos traídos de otras islas. Si alguno se decantaba por la vida militar se le consideraba igual que a un orbione del mismo rango, y mandaba sobre aquellos que tuvieran menos broches en su banda, cualquiera que fuera su raza.

Todas las islas eran pedazos de un antiguo continente original. Ellos subsistían en la más oriental, tan diferente al resto como las demás lo eran unas de otras. Pese a todo, las siete existentes tenían un vínculo que les recordaba siempre su condición como partes afines del mismo mundo. En la mayoría se respetaba la autoridad de los naidones, individuos que estudiaban la magia en cualquiera de sus ciencias. Basaban sus prácticas en el poder de los números o las letras nimeanas. Incluso algunas Auronias escuchaban sus consejos antes de tomar muchas decisiones.

Solo Ergondale desestimó la idea de tener su propia Magra o Casa de Ciencias, pero sus druidas y compositores la protegían igualmente mediante un arte más antiguo.

—Bien. ¿Dónde esta vez? —Trautzhio puso todo su empeño por parecer conforme con todo. El licor parecía haber abandonado sus venas de repente.

—Lo sabremos en la Fajja, cuando hable la reina. Algunos rumores afirman que puede ser Nuralkäia.

—El Manglar, la isla más cercana y débil. Debí suponerlo.

—Sabes muy bien que esos detalles nos importan poco. —Gartzha pareció insultado—. Si la maldición del Tárbotá hubiese caído en el último rincón de Ergondale, también iríamos allí sin pensarlo.

—¿Maldición? ¿Acaso los naidones no hablan siempre de bendiciones cuando nombran al Tárbotá?

—Bendecir al verdugo significa maldecir a la víctima.

—Por supuesto. ¿Y cuándo hablará la reina?

—Dentro de cuatro días. Los naidones se rigen por sus reglas numéricas. Hacen mil cuentas antes de concretar una fecha y una hora para todo. El discurso será cerrado. Solo oficiales de cuatro o más broches.

—Entonces allí estaré. Aún puedo emborracharme durante dos días más.

—Estás enterado. Si faltas, te degradarán —sentenció Gartzha antes de darse la vuelta y salir en busca de aires menos cargados. Sus últimas palabras, acompañadas por una ligera palmada en el hombro sólido de Trautzhio, pretendían sonar amables—. Nadie quiere eso para alguien que ha batallado en casi todas las islas.

Después, sin un solo gesto que revelara sus emociones y dando zancadas tan largas como su rango exigía, abandonó la taberna y dejó a Trautzhio con sus pensamientos. Éste se volvió hacia el otro lado de la barra, esculpida en la roca como tantos otros mobiliarios de la colmena. Su semblante se volvió más terco —todo lo que un rostro de insecto podía— e hizo una señal a un humano que bebía solo a unos diez pasos de él. Los sorbos que daba a su licor de miel eran cortos. Había estado más pendiente de la presencia de Gartzha que de otra cosa.

—Hey, Dork —le chilló el orbione, algo más sobrio que antes—. Ven aquí. El oído de un humano no es tan fino como para pretender usarlo desde ahí. ¿No prefieres meter las narices en los asuntos de otros desde un poco más cerca?

Dork se levantó de inmediato, como si las palabras de su superior fueran una simple invitación entre amigos. En realidad lo eran. El hombre era ligeramente más alto que el orbione. Por norma, así era siempre, aunque había insectos que sobrepasaban por mucho la media.

Dork, como cualquier humano nacido en tierras de Matzhe bajo la protección de la Auronía Tzhina y la bendición de la diosa Amgara, debía estar orgulloso de su posición en el ejército edenti. Había sido cabo de dos broches durante diez años, y desde hacía poco gozaba de su puesto como sargento de tres. Los humanos no tenían problemas con la banda. Al no tener alas, la extendían a modo de capa siempre que la llevaran puesta. Los zánganos orbiones tenían que retorcerla en una especie de trenza y atarla al cinturón cuando salían a volar.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó sin más ceremonias. Dork y Trautzhio solían saltarse el protocolo cuando nadie juzgaba sus actos, desde la primera batalla en la que lucharon juntos.

—¿Tú qué crees? Amgara ha movido sus piezas en el Tárbotá. Cuando contamos con su favor, hay que aprovecharlo.

—¿Guerra?

—Sí... Bueno, sabes que aquí preferimos llamarlo *salir de caza*.



Lándar seguía siendo una mota de polvo sobre el vasto desierto de Mordaua, en mitad de la costa norte de Urkay. Tras reunir unas pocas ramas de una zona semiárida, encendió un pequeño fuego resguardado bajo un gigantesco dolmen, consistente en dos losas de catorce pies erigidas en posición vertical y otra horizontal apoyada sobre ellas. Todo el conjunto de siete dólmenes formaba un círculo cerrado al que llamaban crómlech. No era el primero que veía. Algunos envolvían túmulos de señores importantes, protegiéndolos de posibles saqueadores. Las Líneas de Neiya ganaban mucha fuerza en monumentos así.

Lándar avivó un poco el fuego y volvió a sus preocupaciones. Había pasado dos días ojeando cada palabra del manuscrito conseguido en Marhay, y ahora exprimía también las horas nocturnas para saber qué dirección debía seguir.

Nunca debió desplegarlo a medianoche.

El papel era tan antiguo que no entendía cómo no se deshizo en sus dedos. Había pertenecido a una de las dos copias sagradas del Piedralón original, de donde fue arrancado cuando la Magra de Aradas lo confiscó. Poco después, los propios naidones aradios lo destruyeron y sacaron a la luz falsas reproducciones, desvirtuando el mensaje de cada versículo. Cuando se extendió por toda Arane, seguía narrando por igual el pasado, el presente y el futuro, pero no todos aceptaban su palabra.

Algunas páginas del original sobrevivieron a la expurgación, enrolladas como simples pergaminos y escondidas en distintas islas bajo la supervisión de sus Auronias, como una huella dejada por la verdad en un camino pisoteado después por la mentira. Gangáia conservó la suya durante más de ocho siglos, hasta que la dejó en manos de un gobernador grauro hacía solo sesenta años, con la única consigna de heredarla a sus hijos sin mostrarla a nadie más. Marhay tenía una de las bibliotecas más importantes de Urkay. De los pocos que conocían el paradero de la hoja, nadie supo por qué la Auronía Caracola decidió dejarla allí ni por qué la escondió en su Nido durante tanto tiempo.

«¿Dónde está el mapa? —pensó Lándar en silencio. Su otra conciencia no diferenciaba cuándo le preguntaba a ella o hablaba consigo mismo—. Se supone que los Duarays entregaron un plano a Gangáia.»

«Gangáia entregó el plano a los Duarays, no al revés. ¿Entiendes lo que dice?»

El druida volvió a ojearlo, intentando descifrar su contenido. Las palabras eran confusas, a veces tan carentes de sentido como las escritas por los naidones de Aradas o Nuralkäia en sus tótems.

Aljarca. Tadaanta en la esfera draniana. Te hablan las letras elegidas por la Madre Tierra para dar nombre a Amgara, la que caza con las manos. Ama. Rasda está alejada. Las letras mostrarán el camino, trazado en la segunda isla que las adoró. Señalarán el lugar donde el río engulle diez ríos. Adaga. Tadaanta en Adaga. El lago dibuja una flor. La flor nace de un tallo, y en su extremo está el hoyo. Aljarca. Allí, los que cabalgan en nubes enterrarán el arma elegida para la primera muerte del séptimo.

El texto continuaba muchas líneas más abajo, con letras diminutas y perfectas, pero Lándar seguía dando vueltas a aquel primer párrafo. Palabras como *Aljarca* eran utilizadas para protegerse contra el mal y otras como *Adaga* se pronunciaban en los funerales para desear suerte a las almas libres. No tenía sentido escribirlas juntas o aisladas entre puntos, y mucho menos en una nota que pretendía ser profética.

«Si la primera isla que adoró las letras fue Aradas, la segunda es Nuralkäia, sin duda.»

«En efecto. Ya tenemos algo. Nuralkäia, la isla Manglar.»

«¿Qué demonios quiere decir el resto?»

«Toda página del Piedralón guardaba dos significados. Uno estaba claro, y otro permanecía oculto.»

—Yo no soy nuralko ni aradio. —A Lándar se le escaparon las palabras—. No entiendo el misticismo del alfabeto nimeano.

Mientras discutían, una sombra de contorno felino se acercó, difuminada entre las demás siluetas negras que bailaban alrededor de las llamas. Incluso ella se veía balanceada por los movimientos de la molesta luz.

Lándar tenía una conciencia que nacía de su cerebro y otra que, aunque anclada en el mismo, provenía de una marca en su pecho con forma de rayo y media luna. Ninguna de las dos intuyó nada. Abstraídas en comprender lo que ambas leían a la par —aunque solo el druida lo hacía mediante sus ojos—, apenas pusieron atención en los peligros de la noche.

La sombra se deslizó por el suelo hasta la cara plana de una roca, parte del dolmen más cercano. Una vez quedó impresa sobre ella consiguió una postura vertical más adecuada para espiar. Solo necesitó un instante para ver el manuscrito y leerlo de extremo a extremo. Si también esperaba ver un mapa, de primeras no lo distinguió. De la negrura que formaba su cuerpo pareció surgir una zarpa felina con cinco uñas bien marcadas. No atacó ni se separó de la oscuridad circundante, alejada de la luz directa del fuego, pero sus dedos se movieron tan rápidos como si quisieran degollar a alguien. Dibujó en el aire una copia exacta del pergamino, trazo a trazo, letra a letra, y apenas gastó en hacerlo el mismo tiempo que habría necesitado para bostezar. Utilizó todas sus uñas como tizas, sin más pizarra que la propia nada. El dibujo era completamente negro, de aire sobre más aire. Ninguna criatura sería capaz de ver nada donde solo la sombra podía. Como si fuera un mero producto de su imaginación, enrolló su obra incorpórea y la fundió con el resto de su cuerpo. Una mancha negra se hundió en otra mayor, que a su vez viajaba por lugares donde la ausencia de luz hacía imposible diferenciarla del entorno.

Sus movimientos en la oscuridad eran imperceptibles, pero de alguna manera, la voz interior de Lánder escuchó un sonido de uñas arañando y papel arrugándose. Cuando empezó a percibir una tercera presencia ya era tarde.

«*Nos vigilan*», contagió sus temores al druida.

La hoguera apenas iluminaba una cara de cada piedra. Lánder había dejado atrás varios menhires solitarios antes de llegar al círculo de dólmenes. Normalmente consistían en una piedra alargada colocada verticalmente, de grosor y altura variables, casi siempre acabada en punta y grabada con un sinfín de números y dibujos rectos y angulosos. Servían como puntos de unión para las Líneas de Neiya. Algunos abarcaban tanto terreno llano que se los podía ver alineados en largas filas.

—Lo sé —contestó, sin darse cuenta de que murmuraba. Con el pergamino en una mano, deslizó la otra hacia la daekiria que pendía de su cinturón.

Una rama crepitó y escupió chispas. La silueta felina creyó sentir dolor, pero no era un dolor físico. Solo era una sombra. No podía tocar ni ser tocada por nadie, mover nada ni ser movida más que por los caprichos de la luz.

Si Lánder temía enfrentarse a un poder superior, se equivocó. No podía existir combate entre seres tan distintos.

«*¡Esconde la hoja!*» —le recriminó la voz.

El druida obedeció, pero aquella forma oscura con rasgos de gato no necesitaba volver a verla. Ahora solo quería alejarse de esa voz escondida en un cuerpo humano que no era suyo, más por repulsión que por verse realmente amenazada. Sin querer, rozó una Línea de Neiya en su huída. Aunque el latigazo eléctrico fue considerable, no se detuvo. Lándar no supo por qué lugar y en qué momento preciso se esfumó.

—Parecía un devorador de luz —dijo, una vez pasada la tensión del momento—, pero no lo era.

«Venía igualmente de Mén-hu. Creo que era algo más que un simple demonio. Noté algo grande en él, una fuerza descomunal. Pero sumamente debilitada.»

—¿Crees que nos delatará?

«Lo que creo es que también buscaba el pergamino. Su luz titubeó cuando esa cosa apareció. Pero si las Líneas están activas para él, probablemente no consiga salir de Urkay antes que nosotros.»

«¿Lo ha leído?» —Lándar volvió a la comunicación silenciosa, sin pronunciar una palabra.

«Prefiero pensar que sí antes que infravalorar su poder.»

«¡Pero si apenas nos ha abordado cuando ya huía por donde ha venido!»

«Si ha sido suficiente, nos lleva ventaja. Advertirá a los adeptos de la Zarpa sobre el paradero de la Lanza antes de que la encontremos. Hay que correr.»

—¡Tardaremos semanas en atravesar Urkay a pie y encontrar la forma de entrar en otra isla! —dijo Lándar en voz alta.

«¡Yo soy la forma de atravesar cualquier tierra!»

—Pero olvidas el mar —respondió el druida con un tono más sosegado, y a su vez cargado de firmeza. Sacó con cuidado el pergamino y lo desenrolló—. Y aún no sabemos hacia dónde dirigirnos.

«De momento, al este. A Nuralkäia.»



Dork deambulaba por un amplio pasillo labrado en la roca, mientras esperaba la salida de su hijo en una de las escuelas de la colmena. Las paredes mostraban interminables cifras numéricas talladas con esmero, como si hubiesen desplegado por toda Syrah las frases de un libro que tuviera prohibido el uso de letras. Trazaban líneas horizontales

más gruesas o delgadas según su significado oculto, y a veces dibujaban un círculo vertical entre el suelo y el techo que los transeúntes se veían obligados a cruzar como una puerta más.

Eran protecciones mágicas que impedían que la ciudad se desmoronara sobre sus cimientos mientras se seguían excavando túneles. No eran tan difíciles de descodificar como una Línea de Neiya, pero adquirirían su fuerza de un mismo origen. Toda la montaña estaba agujereada por galerías y cuevas destinadas a mil usos. Solo los naidones comprendían el significado de cada cifra esculpida en ellas.

Humanos y orbiones se movían ajetreados mientras distribuían las recientes reservas de miel en las cámaras adecuadas, en despensas para el sustento de Syrah o en pequeñas celdas enlucidas de cera, donde las larvas orbiones salían del huevo y maduraban solas. A los soldados el trabajo de los obreros les traía sin cuidado. Dork se obligaba a ignorarlos.

Desde niño había aceptado las normas de conducta matzhis sin apenas cuestionarlas. Nunca se preguntó por qué los humanos vestían con ropas diferentes según el clima o las fechas festivas, mientras los orbiones mostraban su piel quitinosa siempre desnuda, a excepción de las bandas de los guerreros o las túnicas con capucha de los naidones. Jamás puso en duda un sistema que favorecía a unos pocos o esclavizaba a tantos otros. Todo era natural.

Ahora, viendo salir a su hijo por el único arco que comunicaba con las estancias de la escuela, solo se preguntaba por qué él no era igual. Dristán era joven, maleable, pero nunca se conformaba con una respuesta si podía elegir entre dos.

—¡Padre! —gritó nada más ver a Dork, atropellando a otros chicos mientras corría a su encuentro.

Por supuesto, las escuelas primarias eran distintas para humanos y orbiones. Luego, en las secundarias, se separaba a los niños de las niñas en unas y a los zánganos de las hembras en otras. Y así los iban dividiendo cada vez en más ramas, hasta que cada cual acababa dedicándose a una tarea que, por lo general, ya le habían designado desde el primer día de vida.

Los orbiones podían reproducirse entre zánganos y hembras igual que los humanos entre varones y mujeres, aunque vivían el sexo de forma diferente según las estaciones del año.

Las hembras se limitaban a poner sus huevos en manos de las comadronas, por lo que ninguna conocía a sus hijos. Los trataban a todos como retoños comunes de la colmena. El parto y la lactancia de

los humanos eran más complicados, y por tanto, el trato era distinto. Aun así, Dristán apenas recordaba el rostro de su madre, muerta a manos de un vármata ocho años atrás. Fue en una de las muchas incursiones que los aradios hacían en Matzhe, cuando las bendiciones del Tárbotá estaban con ellos. Según se les enseñaba, las batallas contra la isla continental de Aradas eran las más sanguinarias, quienquiera que fuese el atacante o el atacado.

—¡Dristán, por las alas de Haraine! —le regañó su padre—. ¡No corras delante de tus maestros!

—Padre. —El niño se detuvo a un palmo de él—. Tenía ganas de que acabara la clase de Tzhaigue. Se pone muy pesado cuando habla de los dioses.

Los dioses vivían en la isla prohibida del Tárbotá, rodeados de poderosos ángeles que a veces salían a sobrevolar los siete continentes de Arane.

—Dice que la cima del Anampio mide doce mil pasos hacia arriba desde el mar —dijo el chico, intentando contagiar sus dudas a Dork.

—Creo que así es.

—¿Crees? ¿Cómo puedes saberlo si nadie ha estado allí nunca?

—Los dioses se dejaron ver en la antigüedad. Supongo que ellos se lo dirían a nuestros antepasados.

—¿Vinieron a Matzhe?

—No recuerdo bien lo que aprendí cuando tenía tu edad. Deberías ser tú quien me refrescara la memoria a mí. Tengo entendido que al menos algunos de ellos abandonaron el Tárbotá para transmitir su lengua, ejemplo de su sabiduría. ¿Por qué no se lo preguntas a Tzhaigue? Tus maestros lo sabrán mejor.

—Solo les creo cuando sus historias coinciden con las tuyas.

—Es que las mías las sé por lo que me dijeron ellos, pequeño incrédulo, pero si eso te hace feliz... Bueno, los dioses nos regalaron sus letras y sus números, y de su magia se alimentó la nuestra. Las otras dos Artes de las que no nació ciencia alguna, la música y el dibujo, siguieron siendo un enigma para las islas incluso después del Día Sin Viento.

—El Día Sin Viento —lo interrumpió el muchacho—, cuando Etsere se comunicó con sus siervos en el idioma musical y Urburu quiso hacer de Arane un simple cuadro pintado. Sí, es lo que dijo Tzhaigue en una de sus clases.

—Una incertidumbre menos para tu agitada mente.

Dork empezó a caminar hacia su casa, compuesta por dos habitaciones y una despensa bastante cercanas a los balcones exteriores de la colmena, algo que todos los humanos agradecían cuando les tocaba una en sorteo. Las raíces de mindarilo surcaban el suelo como rayos de madera.

—Si tú lo dices me lo creo. —Dristán dio por confirmada la primera pregunta, dispuesto a empezar con otra.

—Vamos —le cortó su padre, animando el paso—. Tenemos cosas más importantes que hacer antes de poner en duda todos los estamentos religiosos de Arane.

El muchacho se disponía a protestar, pero la aparición de un grupo de naidones le llamó la atención y olvidó todas las preguntas que tenía reservadas para su padre.

Eran cuatro, todos orbiones. Muchos humanos tenían aptitudes para la magia en los dominios de Tzhina, la Auroña Araña, pero pocos alcanzaban posiciones elevadas. Llevaban largas túnicas negras con extraños dibujos en las mangas y el cuello, formados por números idénticos a los de las paredes. Solo en el cinturón eran tan grandes que podían diferenciarse desde una distancia considerable, dado que los ojos compuestos de los orbiones tenían bastante limitada la visión. Las túnicas estaban agujereadas en los lugares donde sobresalían las antenas y las alas. Parecían ostentar el rango de “augures” dentro de la Magra Naidona, su Casa de Ciencias, un grado por debajo de los máximos mandatarios, los “patriarcas”.

Los cuatro se detuvieron ante una rama joven de mindarilo que colgaba sobre varios números cincelados en la roca del suelo. Se arrojaron. Los surcos estaban rellenos de metal, fundido hacía mucho tiempo para que tomara la forma de los números que le sirvieron de molde. Al parecer, éstos en particular eran más importantes que otros del techo o las paredes, ya que tanto Dork como los magos vieron ocultos muchos más pero nadie se molestó en despejarlos.

—Metal de cinco aleaciones... —susurró Dork inconscientemente.

Sus recuerdos afloraron para hacerle pensar en extractos de cada batalla en la que había luchado, y luego la imagen borrosa de unas agujas del mismo metal le devolvió el amargo sabor de la muerte, de los compañeros perdidos. Tanto las agujas llevadas por Matzhe a la guerra como los números más sagrados del suelo de la colmena estaban forjados con un acero especial que combinaba las propiedades de cinco metales diferentes.

Dork pensó en la próxima audiencia de la reina, que tendría lugar en la Fajja dentro de tres días. Él no estaba capacitado para asistir a ella —su rango se lo impedía—, pero estaba seguro que allí se hablaría de agujas.

Los naidones cortaron la rama de mindarilo y murmuraron unas palabras en voz baja. Su exorcismo parecía devolver el brillo a unos dibujos que nunca debieron estar ocultos.

—Al Uno le corresponde la isla del Tárbotá —dijo uno de ellos. Acariciaba cada trazo del primer número con la mirada perdida, como si entrara en trance—, el color blanco y la nota musical DO. Su metal es el platino y el animal que lo representa es el Perro fiel de Ótmor, siempre a la caza del espíritu Gato del dios maldito...

Mientras continuaba su letanía, otro naidón ya comenzaba a resaltar las virtudes ocultas del número contiguo.

—Al Dos le corresponde la isla de Mén-hu —canturreaba con una voz tan baja y rítmica como la de su compañero—, el color negro y la nota musical RE. Su metal es el oro...

—¿Qué hacen? —susurró Dristán. Otros transeúntes se alejaban para dejar que los magos terminaran su labor.

—Ya te lo explicaré Tzhaigue o cualquier otro —contestó Dork mientras tiraba de su mano y se lo llevaba casi a rastras de allí—. Yo no tengo respuestas para todo, hijo.

Dristán dio un último vistazo a los naidones, para descubrir que los grabados del suelo se iluminaban como brasas. Tras ensalzarlos con su oración correspondiente, las uñas oscuras de los magos insecto se detuvieron en un amplio Cinco al que rodeaban otros dibujos metálicos. Cada número representaba un lugar, una nota del lenguaje musical, un color y un metal. Guardaba vínculos con virtudes o pecados cuyo mal manejo tenía consecuencias nefastas y gozaba de la protección mística de un animal casi siempre emparentado con las Auronias, las almas separadas del cuerpo de los dioses que ejercían como réplicas suyas en cada continente. A Dristán nadie le había explicado todavía por qué el Cinco era el dígito más repetido en toda pared, suelo o techo de Syrah.

El Cinco correspondía a la isla de Matzhe, hogar de la Auronia Araña y su prole de insectos.

Mientras Dork y su hijo caminaban, no pisaron más cifras rellenas de metal ni hicieron caso a las que dibujaban un interminable bajo-relieve de códigos a lo largo de las galerías. El sargento de tres broches sabía que los naidones no se habrían molestado en despejar los

símbolos si no fuera para activar las protecciones debidas antes de una batalla.

Matzhe se preparaba para una invasión a gran escala.



La sombra se detuvo ante un menhir, grabado con una infinidad de números que subían en espiral alrededor de sus cuatro brazos de piedra cónica. Podía tardar días en descodificar sus defensas y dejar inactiva la Línea de la que era punto de unión. Si un híbrido de otra isla o un humano que aún no fuera considerado urkaigón la rozara, moriría electrocutado de inmediato, como alcanzado por un rayo, pero ella soportaba el azote amparada por la inmortalidad de su dueño.

Volvió atrás y buscó otro hueco más fácil. No todos los menhires de Urkay almacenaban el mismo potencial mágico.

Mientras se arrastraba oculta en la noche, ojeó aquel retal de su propia sombra que se había extirpado para darle otra finalidad. Solo ella podía leer la copia espiritual del pergamino de Lándar, hecho sin materia alguna ni dotado de peso. Nada más poner sus sentidos en él, adivinó más de lo que el druida pudo extraer del original en varios días.

Aljarca. Tadaanta en la esfera drauiana. Te hablan las letras elegidas por la Madre Tierra para dar nombre a Amgara, la que caza con las manos.

Era evidente. Náiah, la Madre Tierra, de cuyo vientre nacieron los dioses mayores, había bautizado a sus hijos usando una única vocal en cada uno de sus nombres —la O para Ótmor, la I para Iris, y así sucesivamente—. La A se repetía tres veces en el de Amgara, y en todas las palabras sin sentido repartidas por el texto prodigaba la misma vocal. ¿Para qué quería aquel extracto del Piedralón derrochar tantas letras iguales si no era con un propósito claro?

Ama. Rasda está alejada. Las letras mostrarán el camino, trazado en la segunda isla que las adoró. Señalarán el lugar donde el río engulle diez ríos.

La sombra se estiró hasta que uno de sus confusos apéndices se convirtió en una zarpa negra. Alargó una uña bien definida. Luego

tocó todas las letras, vocales o consonantes, que no fueran la señalada en el nombre de Amgara, la que caza con las manos. Su tacto hizo desaparecer todo lo que no fuera una A. Éstas formaron un rombo que recordaba el contorno de la isla de Nuralkäia. Por supuesto, había otras esparcidas por toda la hoja, si es que se la podía llamar así, pero estaban aisladas y no entorpecían la silueta que dibujaban las demás, mientras las sobrantes eran eliminadas. Dentro del extraño rombo se adivinaban otros trazos que representaban caminos y ríos.

Tadaanta en Adaga. El lago dibuja una flor. La flor nace de un tallo, y en su extremo está el hoyo. Aljarca. Allí, los que cabalgan en nubes enterrarán el arma elegida para la primera muerte del séptimo.

Existían muchos ríos en el Manglar, la isla de la Auronía Tortuga, pero pocos mezclaban las aguas de diez afluentes en un lago con forma de flor. El pergamino era el mapa. Aunque el texto seguía alineando más y más párrafos, la sombra continuó borrando todas las letras que no le hacían falta. El dibujo restante indicaba el punto concreto donde los Duarays enterraron su Lanza, el arma que hundió a todo un dios en un sueño eterno.



Para todos los habitantes de Syrah, la Fajja era el corazón de la colmena. En ninguna otra ciudad de Edentis podían presumir de una sala tan grande, y en toda Matzhe, solo la morada de Tzhina la superaba. Y con creces.

La caverna era circular desde todos sus puntos de vista. El suelo se elevaba en gradas como en un anfiteatro aradio, desde un pedestal central de diferentes materiales que servía de cuna a Mardaika, la reina orbione. Donde el círculo de asientos tomaba su mayor amplitud, la Fajja abría una treintena de puertas que comunicaban con todas las galerías importantes de la ciudad. Luego el techo se abovedaba como si fuera el reflejo del suelo ante un espejo, decorado con inmensos números y otros símbolos mágicos. Era el único lugar donde no entraban las raíces de mindarilo, y el único donde, además de llenar con metal fundido los dibujos labrados en el suelo, también los del techo emitían el destello de aquel acero de cinco aleaciones.

El día del discurso todos los oficiales de alto rango estaban reunidos en torno al nido de Mardaika. Había exactamente cincuenta y

siete —los siete de cinco broches habituales, sus cuarenta y nueve subalternos de cuatro y el único general de la colmena que presumía de seis galardones—. Los orbiones vestían sus bandas con la misma elegancia que los humanos, pero éstos lucían además unas corazas similares a los caparazones de los escarabajos, de anchas hombreras negras. También los yelmos querían imitar en su forma a las cabezas de los insectos, con ojos brillantes o antenas de adorno.

Aparte de recibir allí a sus súbditos y dar conferencias multitudinarias, la reina utilizaba la Faija para poner sus huevos. Muchos eran ofrecidos a la Auronía Tzhina como sacrificio, ya que ninguna colmena quería nuevas colonias cerca que acabaran desbancándolas en un futuro.

En la forma de su tórax o su cabeza, Mardaika era casi idéntica a cualquier otra hembra orbione, aunque doblaba su tamaño. Las antenas eran como dos largos juncos combados hacia delante por su propio peso, hasta rozar el suelo. El abdomen aumentaba todavía más su parentesco con las abejas. Dividido en segmentos dorados, era lo que más destacaba en ella. Parecía una inmensa bola ovalada. De vez en cuando latía con pulso propio, y un huevo amarillento rodaba por una estrecha rampa moldeada en el barro de su asiento, preparado para que un naidón lo vaciara en un altar consagrado a la Auronía de Matzhe.

—Hijos de la Colmena —dijo la reina con una voz metálica, como si hablara a través de un tubo capaz de ampliar el sonido—, hombres de sangre caliente y zánganos de alas veloces, orgullo de nuestra isla y de sus benefactoras: la diosa Amgara del Tárbotá y su antigua alma, Tzhina, la Auronía Araña, madre de todos nosotros.

La mención de Tzhina, reina de la Colmena Matriz de Tzhión, hizo que todos los presentes inclinaran sus cabezas, con mayor énfasis incluso que cuando fue Amgara la nombrada. Las Auronias, aunque habían nacido como simples almas desgajadas del cuerpo de los dioses, eran responsables de recibir la energía terrenal dispersa por el mundo y repartirla entre quienes más la merecían, mientras los mismos dioses seguían viviendo en la isla Cumbre ofreciendo sus favores sin esfuerzo. Tzhina gozaba y sufría con cada guerra, con cada cambio, y los matzhis no podían menos que ofrecer sus vidas y sus propias almas ante cualquiera de sus decisiones.

—Las cascadas de Tzhión rugen con estruendo contra el mar —continuó la reina de Syrah con su discurso, complicando cada frase con palabras simbólicas, tan llenas de fuerza como carentes de significa-

do—. En su Fajja, nuestra Auroña ha recibido noticias del Tárbotá, la isla prohibida de los ángeles. Los dioses han movido sus piezas en el Tablero de Yidana, y Amgara la grande, la que caza con las manos, ha ganado una jugada clave sobre Seridé, la diosa menor hija de Etsere e Iris. Pronto el alma desgajada de Seridé, la Auroña Tortuga Oronöe, recibirá el aviso del Tárbotá sobre la jugada de Amgara. Pero, como manda la ley del Yidana, a nosotros nos ha llegado antes. ¡Que Oronöe tiemble, hijos de Matzhe! ¡Las agujas de Edentis y sus provincias hermanas se clavarán en la madera del Manglar!

Los zánganos guerreros agitaron sus alas sin despegarlas de la espalda, produciendo un sonido vibrante que significaba una sola cosa. Ansias de guerra. Sus iguales humanos golpeaban sus armas contra las armaduras, sin pronunciar palabra.

—Conocemos, no obstante, los trucos de la Tortuga —dijo la reina, tras dejar que la gente convirtiera sus ánimos en puro odio hacia el rival—. Sabemos de sus cocodrilos bajo el lodo y el secreto de la Antorcha. No llevéis nada que pueda arder.

Mardaika hizo una señal con una de sus patas al único general orbione de seis broches, que subió a un peldaño moldeado en la misma plataforma para recibir parte del protagonismo que su reina le ofrecía.

—No llevaremos barcos de madera —dijo sin más preámbulos—, sino vulbragos vivos.

Los murmullos de los oficiales crecieron. Los vulbragos eran bestias enormes similares a las garrapatas, con un gran caparazón lleno de agujeros y cavidades porosas. Algunos superaban los setenta pies de altura. Flotaban en el agua, donde avanzaban moviendo sus patas como si fueran remos, pero se necesitaba muchos para transportar a varias divisiones. Dependiendo de su edad y tamaño, en un solo caparazón podían ocultarse más de ochenta hombres.

—Los vulbragos cargarán con nosotros hasta la última Línea de Lantra que nos sea abierta —continuó el orbione—, nada más rozar los estuarios nuralkos. Luego descodificaremos sus protecciones, seguiremos a pie o volaremos sobre los escarabajos. La indumentaria de nuestros guerreros de sangre roja se compondrá únicamente de armaduras metálicas. Cuidad de no llevar espadas con mangos inflamables, si queréis seguir empuñándolas en cuanto hagamos frente a Oronöe.

El general siguió dando órdenes concisas y consejos que en ningún momento aseguraban la supervivencia de nadie tras la inminente incursión.

Trautzhio, que hasta el momento había estado apoyado en una de las columnas que se formaban entre una puerta circular y otra, empezó a darse cuenta de su total desorientación con el asunto. Se suponía que la audiencia de Mardaika tenía un aire de secretismo, por lo que solo se invitaba a los oficiales de alto grado, pero tanto la reina como sus elegidos hablaban como si ya toda la gente allí reunida supiera que el blanco de su próximo ataque iba a ser Nuralkäia, la isla Manglar. Incluso pasaban a discutir sobre la posición que tomaría cada pelotón en un avance que debía ser tan rápido como la retirada. Al parecer, desde que su compañero Gartzha le recordara su deber de acudir ese día a la Fajja, todos los combatientes de Syrah, y probablemente los de todos los ejércitos de Matzhe, habían hecho correr el rumor entre sus filas. Las reinas sabían de su comportamiento y lo permitían, como cualquier farsa del protocolo militar que los matzhis respetaban y quebrantaban con el mismo ahínco. Seguramente, hasta Dork sabía sobre la audiencia más que él.

—¿Qué es esa Antorcha? —preguntó en un susurro a otro orbione que tenía al lado.

Trautzhio detestaba dar esa impresión de ignorancia. Parecía ser el único que no supiera absolutamente nada sobre la reunión, pero era consciente de que otros oficiales menos experimentados también desconocerían los detalles. Serían los más jóvenes, ya que no hacía mucho que Matzhe y Nuralkäia se enfrentaron en un choque directo.

—La nueva arma de Oronöe —respondió el aludido, sin molestarse tanto en bajar la voz. Aparte de ellos, otros mandos de alto rango divagaban sobre cada comentario de su superior de seis broches—. He oído que arrasa cualquier cosa muerta e inflamable a mucha distancia, pero es incapaz de dañar nada vivo.

—No sé por qué, se me antoja un arma inútil.

—Esa enfermiza Tortuga nuralka la usa en su propio bosque. Si su fuego te alcanzara allí, entre árboles, te desnudaría sin perjudicarlos. No quemaría una sola hoja de sus preciados mangles, pero haría estragos en tu utillaje, o en tu barca si penetras por uno de sus ríos. Un enemigo desnudo y ahogándose solo sería un blanco fácil para las cerbatanas nuralkas.

Trautzhio apenas puso atención en sus argumentos. En cuanto lo oyó dar a Oronöe el apelativo de “enfermiza” con tanta naturalidad, sus pensamientos fueron en otra dirección. Sus compañeros de tropa hablaban de toda una Auronía como si se tratara de un esclavo cualquiera. ¿Qué futuro deparaba a un mundo que perdía todo el respeto

por sus ídolos, aunque no pertenecieran a su isla o fueran la imagen más mermada de su antigua divinidad?

No había que olvidar que las Auronias fueron almas residentes en los cuerpos de los mismos dioses, antes de que los únicos entes que los superaban en el panteón divino —Uro, el Padre Océano, y Náiah, la Madre Tierra— los condenaran a desprenderse de una de sus siete almas, quedándose con seis cada uno. Sus Auronias tuvieron que buscar nuevos cuerpos de animales para mutarlos y poder vivir. Cada isla cobijó a una. Desde allí mantuvieron el vínculo con sus antiguos dueños, que apenas se debilitaron tras la extirpación de una parte espiritual de ellos mismos. Los dioses seguían siendo seres de incomparable poder, y después de todo, sus Auronias también acabaron siéndolo.

Un naidón orbione, el preferido de Mardaika, relevó al general de seis broches en el estrado junto a la reina. Tras una pomposa reverencia, comenzó a dar explicaciones sobre el territorio enemigo y el tiempo que gastarían en realizar cada movimiento previamente estudiado. Cada distancia, cada día y hora era una cifra para los suyos. Y las cifras lo eran todo para un naidón numérico. Trautzhio, al contrario de como debería comportarse un oficial de su rango, tampoco le prestó atención. Pensaba en Nuralkäia a su manera.

Los naidones —llamados *numéricos* cuando defendían la ciencia de los números y *alfabéticos* cuando exprimían las virtudes de las letras— no podían desplegar toda su magia en cualquier isla que no fuera la suya propia, pues el mar rompía el vínculo con la Auronia de la que dependía su poder. Aunque lograran cruzarlo y dejar atrás sus Líneas de Lantra, se enfrentaban a un nuevo problema. Ningún naidón estaba familiarizado con los tótems extranjeros, y la dificultad era doble cuando tropezaban con una ciencia que no era la suya, en tierras protegidas con códigos distintos. Matzhe y Urkay tejían los suyos con números, pero Aradas y Nuralkäia lo hacían con las letras del alfabeto nimeano, sagrado en toda Arane. Solo Ergondale urdía una muralla insalvable mediante notas musicales. Para salvar tales obstáculos era imprescindible conocer sus defensas, averiguar nombres secretos para pronunciarlos al revés y descodificar así las protecciones de cada Línea de Neiya, o melodías que pudieran sonar al contrario de como habían sido escritas.

El mago insecto subió la voz, justo para responder a la pregunta que Trautzhio ya se hacía.

—Tzhina tendrá —gritó a la sala—, al menos por un tiempo, un objeto sin igual, traído por un ángel menor de la isla del Tárbotá para

demostrar el afecto de Amgara por sus siervos. Los míos guardan ahora una reliquia prestada para el día de la invasión... El Revelador de Nombres. Tardaremos semanas en cumplir por completo nuestra misión, pero el enviado de la Cumbre aseguró su buen funcionamiento hasta un mes después de que Oronöe despierte de su letargo y sepa lo que se le avecina. Todos sabemos que aún no ha recibido noticias de la mala jugada de Seridé en el Tablero. No le corresponde tenerlas hasta mucho después que nosotros, tales son las leyes del Yidana.

Tantos años de servicio habían hecho que Trautzhio perdiera interés por los entresijos bélicos, pero a veces su curiosidad despertaba de pronto como la de un niño. ¿Qué Pieza de Amgara podría haber derrotado a otra de Seridé para que a Matzhe se le permitiera invadir Nuralkäia? Lo que en el Tablero era una simple ficha, en el mundo de los mortales tomaba una forma monstruosa. El orbione pensó en unas cuantas criaturas que no deseaba recordar ni en sueños, aunque lucharan en su bando.

—Aun así —continuó el mago con su discurso, dejando espacios entre palabras para reclamar toda la atención—, el Revelador requiere un precio... Un precio que, aunque a muchos nos duela, pagaremos.

Trautzhio empezó a tomar conciencia de lo importante que era escuchar cada palabra allí pronunciada. Debía terminar con sus evasivas mentales si no quería acabar mal. Sin darse cuenta, se encontró mirando fijamente a los ojos compuestos de la reina. Ella parecía observarlo también, clavándole cada una de sus lentes hexagonales. Aunque era imposible saber qué dirección visual tomaban, el capitán creyó que se esforzaban en leerle la mente.

Decían que cuando Mardaika terminó su etapa larval y se convirtió en pupa, empezó a comerse su celda con una rapidez nunca vista. Nada más salir hizo sonar sus frágiles alas, retando a sus hermanas a batallar. Tzhina exigió que todas las demás larvas que hubieran salido de huevos reales en Syrah se le entregaran como ofrenda, para asegurarse de que esa cría tan perfecta reinara en Edentis. La Auronia sabía que le proporcionaría muchas victorias, y no se equivocó.

Trautzhio apartó la mirada de ella sin perder la compostura, sin dar muestras del temor que empezaba a sentir por su propia gente, por quienes había luchado hasta ahora sin cuestionar nada. Había mucho que escuchar. Y después, mucho que deliberar.



Épsorion, la ciudad más laberíntica de cuantas poblaron el suelo de Urkay, rendida al calor del desierto para el que hacía de puerta, era el hogar de trescientos mil urkaigones. Tres cuartas partes eran grauros. Por su calzada en espiral, el doble de amplia que la de Marhay, merodeaban robustas reses de arrastre, vendedores con sus puestos ambulantes, pequeños monos que robaban comida en las escalinatas de piedra y gigantes que apenas hablaban mientras cargaban con sus mercancías.

El comandante Sartauras, al frente de un ejército que traía la cabeza de un rebelde, aceleró el paso cuando la vio de lejos. Ya se veía atravesando sus puertas, alzando su barbilla cuadrada para recibir los elogios de su gente.

Un grupo de cinco grauros salió de la ciudad galopando sobre unos extraños paquidermos, similares a sus rinocerontes pero sin cuernos, más ágiles y pequeños. Sartauras distinguía sus túnicas oscuras mientras iban a su encuentro. Eran naidones numéricos. Detuvo a su elefante de guerra y bajó para aceptar la bienvenida de los magos. Sus soldados pararon detrás.

—Saludos, comandante —dijo un naidón nada más frenar su montura a dos brazas de él—. El Kau se alegra de tu regreso y de la pronta caída de Taurion.

El naidón señaló con uno de sus dedos calizos la cabeza cortada. Todos vestían túnicas negras con la amplia capucha a la espalda. Los pliegues estaban adornados con piedras incrustadas, de distintos colores y números grabados. El borde inferior de cada falda parecía una copia en miniatura de una calzada pavimentada. Para un humano, cargar con el peso de aquellas túnicas hubiera significado un verdadero suplicio. Por lo retorcidos que tenían sus cuernos debían de ser bastante viejos.

Sartauras iba a responder con cordialidad, pero el naidón lo interrumpió.

—Épsorion no esperaba menos de ti —dijo con un tono nada amable. Aunque apenas variaba la voz ni alteraba los rasgos, un gigante sabía perfectamente cuándo había cortesía en ellos o no.

El comandante adoptó su rostro más serio. Nadie en el ejército, ni siquiera un general, se atrevía a faltar el respeto a un mago de alto rango, pero tampoco era común que éstos ofendieran a los militares, menos aún cuando traían la gloria bajo el brazo. No dijo nada.

—Los rumores corren más rápido que los rinocerontes —volvió a hablar el naidón, sin bajarse de su animal como hubiera sido lo normal. Sus compañeros se comportaban igual, guardando silencio sin soltar las riendas—. Cuando llegaron los primeros, el Kau preguntó por ese brujo ergondalino.

—Así que es eso lo que preocupa a mi señor —dijo Sartauras. Ponía firmeza en sus palabras, pero no sabía qué motivos empujaban al Kau o a la Magra para detener su entrada triunfal en la capital.

Él mismo había derrocado a un gobernador que contaba con el apoyo incondicional de su ciudad, pero una vez perdida la batalla, sufrió su castigo sin que un solo marhayano intentara impedirlo. Sabía que Épsorion lo apreciaba por su talante y sus méritos, pero solo hasta que cometiera un error. Miró al frente, a su hogar, con una mezcla de admiración y desconfianza.

Con los siglos, la ciudad había crecido tanto que el cerro original apenas cobijaba los barrios más viejos. Su antigua muralla, cortada en la misma falda de roca, fue circundada por otras nuevas de sillería, más amplias y modernas. La última cerraba un inmenso aro, pero de lejos parecía una pared recta. Solo aquella montaña enclavada en el centro rompía la estética, poblada de casas que ascendían por sus laderas hasta los pies del mayor zigurat de Urkay. Lo llamaban el templo de Úrsar en memoria del único emperador que había gobernado Mordaua y Konkaua a la vez. Como en cualquier ciudad espiral, los altares a Iris y Gangáia ocupaban el escalón más alto de la pirámide. Los sacrificios de sangre que se llevaban a cabo allí eran famosos en toda la isla

Épsorion estaba rodeada de un intrincado sistema de acequias y acueductos que salvaban los grandes desniveles de la región. Desde el cielo, Mordaua parecía una sábana arrugada de roca pura, medio hundida en un mar de arena y salpicada de pequeñas manchas fértiles aprovechadas como campos de cebada y trigo. Aunque los grauros preferían masticar diferentes piedras para nutrir de minerales sus pesados cuerpos, los productos de la agricultura y la ganadería eran tan valiosos como cada gota de agua canalizada desde sus ríos a lo largo de muchas leguas.

—Ese brujo llevaba una flauta de gran poder —dijo el naidón—, de la que te aprovechaste sin medir las consecuencias. ¿No te paraste a pensar que hacía un instrumento así en Urkay?

—A menudo los esclavos no saben trabajar si no es con las herramientas con las que han crecido —respondió Sartauras—. Imaginé que sus antiguos amos precisaban de sus aptitudes antes de que lograra la libertad.

—Dudamos que ese anciano tuviera antiguos amos. No conocemos el caso de ningún humano al que se le permitiera conservar sus enseres tras ser raptado en otra isla. ¿Dónde está el ergondalino?

—Se fue. Yo lo dejé.

Gauron se acercó desde atrás. Su posición militar le permitía hablar con su superior inmediato sin pedir permiso, y ninguna ley prohibía inmiscuirse en una reunión de naidones que no fuera secreta. Aunque él mismo había aconsejado llevar a Lánder ante la Magra, expresaba cualquier oportunidad de ganarse el afecto de su comandante. Ganaba puntos para que lo recomendaran a la hora de repartir nuevas pulseras de bronce.

—Su espalda no estaba marcada por ninguna granja de hombres epsoriana —dijo, dando el apoyo moral que Sartauras empezaba a necesitar—, pero llevaba en el hombro la de Varkano, ya desaparecida. Por eso el mar no le cerró el paso cuando abandonó la orilla de Ergondale, y su marca prueba que no lo hizo por voluntad propia. Vuestros antecesores lo limpiaron.

Sus demás capitanes también se acercaron, como cubriéndolo de posibles ataques, pero no abrieron la boca. Ni siquiera estuvieron presentes cuando Narcadio hizo las presentaciones entre Lánder y el comandante.

—Nuestras Líneas de Neiya tampoco lo dejaron vacío de almas —dijo Sartauras, recuperando la confianza—. Si nunca hubiera estado vinculado a alguna fuerza urkaigona, ¿cómo podría merodear por una isla que no fuera la suya? El brujo me ahorró muchos soldados. Escupimos juntos en un cuenco, quemamos nuestras salivas y me vi obligado a cumplir mi promesa.

—¿Solo tenía la marca de Varkano? —El naidón pareció vacilar—. Me cuesta creer que un esclavo liberado mantenga dones mágicos. ¿No tenía más señales?

—Cicatrices insignificantes. —Gauron se detuvo a recordar—. Ninguna nuestra.

—¿Alguna quemadura en el pecho? —El naidón entrecerró los ojos, usando esa voz propia de los jueces que creen haber encontrado la pregunta idónea para que un reo confiese sus crímenes.

—Una a la altura del corazón —respondió Gauron sin darle importancia.

—¡Lo imaginaba, maldición! ¡Oculta una *Sakatna* dentro!

A Gauron y Sartauras les resultaba familiar ese nombre, pero habían gastado su juventud instruyéndose en técnicas de lucha y los con-

ceptos espirituales se les antojaban extraños e incomprensibles. Ahora se arrepentían de no haber dejado las armas algún día para asistir a asignaturas donde se estudiaban otra clase de materias.

—¿Qué forma tenía? —El naidón perdió la compostura. Para pertenecer a una raza que estimaba cada gota de saliva, éste parecía dilapidarla mientras hablaba. Sus compañeros de Magra discutían tras él, igual de alterados.

Sartauras sacudió la cabeza, como queriendo alejar cualquier temor que empezara a germinar en ella. Consultó a su capitán con la mirada.

—Parecía una media luna. —Gauron intentó que su voz sonara tan firme y grave como siempre—, y un rayo la atravesaba de arriba a abajo.

—¡Por las púas de la Caracola! —corearon algunos naidones—. ¡Un estigma de Ótmor aquí, en Urkay!

—¡Es una Pieza! —maldijeron otros.

—¿Qué demonios es una Pieza? —preguntó Sartauras. Mantenía el dominio de sí mismo, pero empezaba a verse como un necio engañado por todos. Únicamente tenía que recorrer unos cientos de pasos para entrar en Épsorion, con la cabeza de un gobernador traidor clavada en una pica y la suya bien alta, y en lugar de halagos estaba recibiendo reprimendas de unos simples enviados de la Magra. Solo esperaba que el Kau tampoco entendiera mucho de *Sakatnas*.

—Una Pieza es un cuerpo dotado con más de tres almas —respondió el naidón, sin el tono de reproche de antes pero con la furia marcada aún en las grietas de su rostro—, y por tanto, un eslabón entre hombres y ángeles.

—Una huella del Tárbotá entre los mortales —se apresuró a decir otro.

Sartauras sabía que los dioses usaban Piezas para jugar al Yidana, de cuyas partidas eran reflejo las guerras del mundo, pero solo eran figuras talladas que movían por las casillas del Tablero. Tras una jugada clave, la Pieza responsable tomaba una forma demoníaca en alguna isla de Arane. No entendía cómo a un humano se lo podía calificar igual.

Los naidones se prepararon para espolear a sus monturas, ansiosos por informar a la Magra de todo. El líder, obligando al animal a dar media vuelta a base de fuertes tirones en las riendas, se dirigió a Sartauras, todo un comandante de la invencible horda epsoriana, como si se tratara de un campesino cualquiera.

—No te presentes ante el Kau si no es con la cabeza de ese brujo colgando al lado de la de Taurion. Si no tiene las dos, reclamará la tuya.



Media Matzhe presumía de un clima tropical. Las diferencias entre estaciones eran mínimas. No obstante, cuando la primavera traía flores cargadas de polen, las reinas orbione parecían despertar en sus Faijas de una hibernación parcial. Tzhina, la Auronía Araña, se contagiaba de sus letargos y despertares en la Colmena Matriz de Tzhión, aunque ella andaba sobre una inmensa telaraña tejida entre cascadas subterráneas y no compartía esa pasión por la miel que enloquecía a todas sus reinas. Ella prefería almas.

Para el resto, el ciclo de vida apenas cambiaba durante el año. Todas las hembras eran obreras recolectoras. Ellas y los zánganos que no pertenecían al ejército se afanaban en llenar las celdas con la miel acumulada, mientras los soldados se limitaban a proteger los almacenes, embriagarse en las tabernas o montar guardia junto a unas extrañas columnas de acero que salpicaban los caminos y las fronteras.

Las columnas eran delgadas y rectas, como espadas gigantes a las que se hubiera enterrado la empuñadura. Las adornaban nuevos códigos numéricos y se extendían también por la costa de todas las provincias, separadas por distancias mayores o menores según la magia que guardaran dentro. Servían como puntos de conexión para las Líneas Terrenales de Neiya. El mar no precisaba de ningún instrumento para que sus Líneas Marinas de Lantra fueran infranqueables.

La nieve nunca llegaba a las tierras templadas de los orbiones. El hielo los mataba. Incluso cuando debían invadir otra isla, se aseguraban de que fuera en temporadas cálidas o lejos de los polos.

—¿Y por qué en las tabernas a las que sueles ir no sirven carne? —preguntó Dristán a su padre el día posterior a la audiencia de la reina. Ambos lavaban sus ropas en un río a las afueras de Syrah—. ¿Siempre que quieras un trozo de conejo tienes que ir a un asador de la ciudad alta?

—A los orbiones no les gusta el humo —contestó Dork tras dar muchas otras explicaciones a su hijo—, y a nosotros no nos gusta el conejo crudo. La culpa es nuestra por llevar una dieta más amplia que la de los insectos, que tampoco les gusta masticar y apenas beben otra cosa que néctares o licores hechos con miel.

Ambos miraron de reojo el contorno de su ciudad. Parecía una pelota inmensa de roca, toda agujereada. Cuando llovía, el agua calaba por las cuevas superiores y corría por pasillos adaptados como canales, hacia los aljibes.

—¿También la reina?

—Ella es todavía más exquisita. Come manjares que ni siquiera conoces y solo bebe jalea real diluida.

—Y huevos de otras hembras —sonó la voz de Trautzhio a pocos pasos, tan alta que podrían haberla oído otros humanos que frotaban sus ropas en el mismo río. El zángano se acercó vestido con la banda y los cuatro broches. Por primera vez en muchos meses caminaba con sus armas ajustadas en su estrecha cintura quitinosa, entre el abdomen y el tórax. Eran una espada recta y delgada a la izquierda y otra más corta y ancha a la derecha.

—¡Trautzhio, por todos los dioses! —le recriminó Dork en voz baja—. A veces tus palabras son peores que un *tabú* sobre un tótem.

Amonestar a un superior era un acto tan merecedor de castigo como la actitud del orbione. Aunque lo que decía de su reina era cierto, mencionarlo rayaba la blasfemia.

—Déjate de sandeces, sargento de tres broches. Ambos sabemos que es verdad.

Dork suspiró y se dirigió a Dristán.

—Cierra tus oídos cuando hable nuestro querido amigo insecto, hijo.

El chico, que traicionaba su temperamento natural guardando silencio, asintió sin más, aunque sus oídos hicieron lo contrario de lo que ordenaba su padre.

—¿Todavía no te han hecho afilar las espadas, Dork? —preguntó Trautzhio.

—Veo que a ti sí, capitán. Los orbiones no suelen frecuentar este río, dada su escasez de ropas, pero ten por seguro que otros zánganos te acusarían de traición si te oyeran simplemente pronunciar con mal tono las costumbres de la reina.

—He empezado a cuestionar incluso las costumbres de la misma Tzhina. Ayer abandoné la audiencia con ganas de vomitar. Cuando oí todo lo que dijeron...

Trautzhio se interrumpió al fijarse en Dristán. El muchacho lo miraba con ojos desorbitados, intentando asimilar cualquier nueva información para sus futuras divagaciones como una Auronía absorbería las almas de los muertos.

—Tengo que hablar contigo, Dork —dijo el orbione con desgana. Le costaba dar un título militar a un compañero que era más amigo que otra cosa—. A solas.

—Ahora será difícil despegar a Dristán de la conversación.

El chico no contestó, o no entendió la indirecta.

—De todas formas no creo que guardes el secreto con él mucho tiempo —respondió Trautzhio. El color oscuro de sus ojos compuestos hacía presagiar lo peor a Dork, que había aprendido a leer en ellos como en el ceño fruncido de un humano—. Aunque seas tú quien me acompañe en esta nueva empresa de sangre que ya se huele en el aire, lo que tengo que decirte incumbe más a tu hijo que a ti.

Ahora fue Dork quien estrechó la mirada, mientras Dristán se empeñaba en no variarla lo más mínimo.

—Caminemos por el valle de glamios. —El orbione señaló al frente con una de aquellas uñas que le servían de dedos—. Cuando volvamos, tendrás que perdonarme por haberte contagiado mis miedos.



ERGONDALE: LA SELVA

Una vez por semana, los alumnos más jóvenes recibían siete enseñanzas de los ancianos compositores, los únicos que sabían interpretar todas las notas musicales con su voz. Después, ambos se separaban hasta la semana siguiente, el maestro para pensar en las próximas siete lecciones y los muchachos para meditar sobre las ya recibidas.

—Vuestra suerte se decidirá en un momento de fuerza y rabia —habló Lundahinda sin previo aviso, cogiendo desprevenidos a sus dos únicos alumnos—. Entonces descubriréis vuestra mayor debilidad.

Lai supo que aquellas palabras eran parte de la primera lección del día, aunque al principio no entendió demasiado. Su compañero Nuilari ni siquiera prestaba atención. Aquella tarde de comienzos de verano no estaba tan despejado como requería su cita con el aprendizaje, y seguramente le costaría mucho descifrar cada consejo de Lundahinda. Todos los compositores como él apreciaban el esfuerzo de sus jóvenes. Quizá por eso elegían para sus clases los días que más obcecados tenían el cerebro.

—¿El Zorro Mudo? —preguntó Lai, ansioso por saber cuál sería su mayor debilidad.

—Creo que os falta mucho que aprender —suspiró Lundahinda.

Él y Lai eran elcetas, la raza híbrida que predominaba en la isla, mientras que Nuilari era un simple niño humano con aspiraciones a druida. Él jamás llegaría a compositor. Nadie de sangre caliente lo conseguía.

Los cuerpos de los elcetas estaban hechos de madera. Sus cabezas parecían cáscaras de una inmensa nuez con el hocico en forma de pico de pato, agujereado como una flauta. Dos largas orejas acabadas en punta les crecían paralelas a los hombros, y conservaban una delgadez extrema. Aunque de jóvenes tenían el color claro de la madera pulida, con los años les salían nudos en las extremidades y adquirían un matiz pardo más oscuro. Ya de viejos se les resquebrajaba la piel como a la corteza de los árboles, llenos de musgo y protuberancias.

Lundahinda tenía tantos nudos en las piernas y los brazos que parecía un arbusto seco cuando se quedaba quieto, pero aún tenía las facciones lisas y apenas mostraba grietas alrededor de sus grandes ojos

negros, sin iris ni pupilas. Los de Nuilari eran rasgados, como cualquier ergondalino.

Los tres caminaban por un sendero cercano al mar, iluminado con farolillos de papel. El parque de Blera era un lugar de reposo anclado en una selva hecha también para el reposo, un pequeño retal del inmenso tapiz verde que era Ergondale. Se encontraba en la zona más sureña de Talanzas, lejos de las altas cordilleras. Dentro de los farolillos brillaban unas piedras fosforescentes que absorbían la luz del sol durante el día y la dosificaban por la noche, hasta que se extinguían al amanecer.

En la zona norte del parque había árboles tan altos que los hombres parecían hormigas si se les miraba desde las copas, y otros tan anchos que hacían falta treinta personas cogidas de las manos para rodear sus troncos con los brazos. Pero Lundahinda daba sus clases cerca de la costa, rodeado de palmeras y árboles más pequeños.

—Cuanta más voluntad malgastéis para esquivar esa suerte, menos voluntad os quedará para sortearla —dijo, retomando el paso—. El exceso de voluntad hunde a quien intenta correr por el agua en lugar de nadar.

El compositor vestía con pieles de faitungo, una especie de alimaña que crecía bajo las raíces de los guáin, árboles cuya madera no presentaba anillos al cortarla. Las sujetaba con un cinturón hecho con largas hojas de anea seca, ceñido bajo unas hombreras y un ancho sombrero en forma de cuenco, todo tejido del mismo material.

—¿Correr huyendo de quien te persigue o persiguiendo a quien huye de ti? —preguntó Lai.

Aunque él no llevaba sombrero, también se ajustaba la ropa con un cinturón de anea. Los tres llevaban a la espalda unas varas rectas de madera.

—Los pájaros huyen de un simple ruido cuando una hoja seca cae tras ellos —le respondió el maestro—, y a veces vuelan directos a las zarpas de una rapaz. También hay rapaces que quedan atrapadas en zarzas mientras cazan. ¿Qué importa si huyes o persigues, cuando no sabes lo que te espera delante?

—¿El Zorro Mudo? —preguntó Lai de nuevo.

Nuilari lo miró de reojo, creyendo que el maestro le reprocharía su obsesión con la bestia mística. Pero Lundahinda cerró aquel pico aplanado que tenía por boca, curvando sus labios de madera hasta que formaron un círculo estrecho. Luego puso sus largos dedos sobre los ocho orificios nasales que todos los viejos compositores tenían en su

hocico. Al soplar, una triste melodía se levantó entre las ramas, buscando esa luz solar que se estrellaba contra el techo de hojas. Los sonidos eran pausados y graves, como clara afirmación a la pregunta anterior. Ningún ergondalino necesitaría de palabras para saber que la canción hablaba del Zorro Mudo.

Todos los elcetas adultos dominaban la lectura musical, vocalizando el nombre de las notas con su correspondiente entonación. Era como leer un libro escrito pero dando un tono diferente a cada sílaba. Ahora Lundahinda sólo pretendía silbarlas.

Dos Magras habían conseguido expresar el poder oculto de los números y las letras nimeanas. Si de ellos nacieron las dos ciencias de los naidones, el lenguaje musical era como una tercera ciencia para los druidas de la Selva, aunque su magia era obtenida de un arte más antiguo.

Pero tratarla no implicaba únicamente saber reconocer las notas y todas las variantes de tonos y semitonos que componían el abecedario de Ergondale. También había que descifrar los signos sobre la partitura que marcaban el tiempo que duraba cada una.

Lundahinda no necesitaba partituras. Conocía algunas melodías de memoria.

Lai intentó copiarlo, para demostrar que entendía la lección. Una pobre imitación brotó de sus agujeros. Solo tenía cuatro. Tendrían que pasar otros diez años para que le salieran dos más, y el doble de tiempo para poder presumir de otros dos nuevos. Mientras a los hombres se les estiraban los huesos o les crecía pelo donde antes no tenían, los elcetas contaban cada etapa de crecimiento por el desarrollo de sus capacidades musicales.

—¿Quiere decir eso que me has entendido, Lai? —preguntó el compositor.

—Sí —respondió el joven elceta.

—¿Y tú, Nuilari?

El muchacho humano abrió su túnica verde, metió la mano en un bolsillo interior y sacó una flauta de madera. Tenía un agujero para cada dedo, pero jamás conseguiría de ella los sonidos que un elceta era capaz de crear con su hocico. Solo se aproximaría cuando tuviera una daekiria de veinte agujeros.

—No —respondió tras pensarlo mejor, y volvió a guardar el instrumento.

Lundahinda no esperó más explicaciones. A quien le correspondía hablar era a él, que sólo pedía sinceridad en las respuestas. Al rato

se detuvo, observó con detenimiento un árbol achaparrado por la cercanía del salitre y sus dos alumnos hicieron lo mismo.

Lai supo lo que debía hacer. El crecimiento del árbol era tan lento que parecía imposible observar sus cambios. Año tras año ganaba altura y fortaleza, y una sabiduría que ningún mortal entendería. Para pasar de aprendiz a druida, y luego a compositor, había que notar esos cambios, por invisibles que fueran. Lai se concentró como nunca. Mientras no escuchara los pasos que daba la savia en las venas del árbol, ni oyera cómo las raíces apartaban la tierra buscando humedad, su nariz seguiría teniendo cuatro agujeros. No compondría músicas completas.

Cuando cerró los ojos y puso su mano en la corteza, Lundahinda lo interrumpió.

—El Zorro Mudo nunca descansa —dijo, reanudando la caminata—. Él olfatea, escarba y desentierra. Pero nunca se detiene a observar. Si os huele mientras estáis sumidos en vuestras propias reflexiones, os encontrará desprevenidos. Oiréis la savia correr cuando sea su momento. No os esforcéis en oírla ahora.

Aquella fue la segunda lección. Lai retiró la mano, obediente. Nuilari, desconcertado, apenas comprendió la actitud del compositor. ¿Por qué se empeñaban todos en que sus aprendices tuvieran conciencia de cada movimiento invisible de la naturaleza, si luego rompían su concentración y les vedaban el camino del saber?

—¿Tú me has entendido, Lai? —preguntó el anciano.

—Sí.

—¿Y tú, Nuilari?

—No lo sé —respondió con timidez—. Creo que no.

Esta vez, Lundahinda esperó a que el humano expusiera sus dudas. Al ver que no lo hacía, tampoco se lo exigió. Torció su hocico en una extraña mueca que pretendía ser una sonrisa y continuó andando.

Se hizo de noche y la selva oscureció. La luz tenue de los farolillos le dio un aspecto fantasmal. Si corría algún viento sobre ellos, bajo las copas y las hojas de palmera era difícil saberlo.

Lundahinda desenfundó su vara de una braza. Tenía cintas de colores en sus extremos, pero aun así predominaba el blanco original de la yutia, la única madera, además de la de guaín, que tenían permitido trabajar.

—¿Sabéis ya cómo utilizar la vuestra? —preguntó, esbozando en su pico de pato otro intento de sonrisa.

Lai respondió sin palabras ni música. Echó mano a su espalda y cogió su vara. La suya era un tercio más corta. De un solo movimiento,

la sacó de su funda y ejecutó un par de fintas muy avanzadas para alguien de su edad. La madera pulida de yutia silbaba como si quisiera imitar las cualidades musicales de los elcetas. Ambos, arma y dueño, dejaban bien claro que estaban preparados para enfrentarse a quien fuera, incluso al Zorro Mudo. Los habitantes de la selva representaban en él sus miedos y debilidades. Algunos afirmaban que era real, y otros que solo era una idea moldeada para darles forma.

Nuilari lo miró con envidia. Su compañero lo aventajaba en todo.

—¿Acaso te pregunté si sabías hacerla volar? —pareció extrañarse Lundahinda—. Yo hablé de utilizarla.

Lai se detuvo. Si el maestro trataba de darle su tercera lección con esa frase, sin duda el alumno necesitaría más de una semana para meditar sobre su significado.

—No sé a qué te refieres entonces.

—La yutia permite que la podemos para hacer varas como éstas, pero debemos tratarlas como si fueran parte de nosotros mismos. La yutia tiene que combinarse con el brazo como cualquiera de nuestras tres almas con las otras dos.

—¡Tres almas! —interrumpió Nuilari, llevado por un impulso poco propio de él—. ¡Háblanos de ellas!

Lundahinda estrechó aquellas bolas negras que tenía por ojos.

—¿Por qué te interesan tanto? No me extrañaría si mostrases igual inquietud por cuantas lecciones he intentado enseñarte, pero solo parece atraerte el tema espiritual. ¿Por qué?

—Escuché a Haikarlae leer el Libro de las Siete Almas, en voz alta, pero cuando me acerqué a él lo cerró. No quiso explicarme nada ni me permitió ojear sus páginas.

—Solo los dioses tuvieron siete almas antaño. Ahora tienen seis, cinco las criaturas eternas y tres los mortales. Las de un humano o un híbrido no dotado de magia suelen perecer juntas.

—¿Es en ellas donde almacenamos los sentimientos? —pregunto Lai. Aunque también le atraía el nuevo tema, detestaba haber tenido que interrumpir la clase ahora que las varas de yutia cobraban su importancia en el aprendizaje.

—Y los recuerdos —respondió el compositor—, incluso aquellos que no conocemos por nosotros mismos. Os diré sus nombres, y espero no tener que repetíroslos, ya que no entraban en ninguna de las lecciones de hoy. Son éstos; la llama de la *Kraina*, anclada en la mente, que nunca se apaga pero puede abandonar el cuerpo cuando a éste le

llega la muerte; la sombra de la *Nakra*, en la carne, que se manifiesta cuando hay luz y se dice que hasta los objetos inertes la tienen; y la flor de la *Imnada*, en el corazón, que normalmente se marchita cuando una *Kraina* se apaga o escapa del cuerpo. Solo la *Nakra* pertenece a la tierra, la *Imnada* a los dioses y la *Kraina* a sus Auronias, quienes deciden si deben reencarnarlas en la Marmita de Ánimas o simplemente devorarlas.

Nuilari parecía extasiado por aquellas frases.

—¿La Marmita de Ánimas? —Abrió los ojos de par en par. Por mucho que lo hiciera, no lograría igualar a los de sus compañeros.

—Otro día os hablaré de ella. Según sabemos por nuestra propia Auronia Uvair, las personas que merecen su favor o el de sus iguales regresan al mundo tras la muerte. Vuelven a nacer como niños, con los recuerdos borrados y la flor de la *Imnada* expuesta al influjo del bien o del mal. Solo algunos sabios pueden reconocer a un muerto reencarnado en un nuevo ser.

—¿Cómo es posible que los objetos tengan alma? —siguió preguntando Nuilari.

—La *Nakra* no es como las otras, joven. Reside en la sombra de cada uno. Cuando llega la noche se desvanece. Por eso nos da miedo la oscuridad, porque en ella nos sentimos como si nos hubieran quitado una parte de nosotros mismos.

—Comprendo. Una piedra puede tener sombra, pero no aspira a reencarnarse una vez se convierte en arena.

—Ni teme servir de alimento a las Auronias. Los seres vivos asumimos nuestra presencia en el mundo a través de de la *Kraina* mental y la *Nakra* corporal, y además tenemos un vínculo con el plano astral mediante la *Imnada*. Ella es responsable de nuestros miedos. Para nosotros, compositores, druidas o naidones extranjeros, ese plano es más importante que la propia vida. Nada que carezca de *Imnada* puede pisarlo. Sin los actos de la flor, los dioses no pueden juzgar el destino de nadie. Sabed que el destino de las almas es más importante que el del cuerpo. Y dicho esto me gustaría retomar mis lecciones. Aún no estáis preparados para sufrir una indigestión de sabiduría.

—Pero, ¿qué hay del resto? —Nuilari se impacientó, nervioso como no lo había estado nunca—. Solo has hablado de tres almas.

—¿Acaso quieres tener seis, como los dioses? —Lundahinda estiró su cuello hasta hacerlo crujir. Acercó la cara a la del aprendiz y levantó la voz—. ¿Qué quieres saber sobre *Diundas*, *Espirias* o *Sakatanas*? ¿Qué crees que entenderías si te hablara sobre el pasado de las

Auronias? Ahora tienen un cuerpo en el que depositan su poder, y al que rendimos culto en todas las islas, pero no siempre fue así.

Lundahinda se apartó y calibró el silencio que siguió a sus palabras. Así comprobaba que sus alumnos estuvieran satisfechos con ellas. Luego habló.

—Contaré ésta como una lección aparte a las siete que os corresponden. Espero haberos ayudado. ¿La has entendido, Lai?

—Sí.

El compositor volvió a medir el silencio. La luna y las estrellas eran vagos puntos de luz sobre las copas oscuras, eclipsados por el brillo opaco de los farolillos.

—¿Y tú, Nuilari?

El humano agachó la cabeza. Sabía que cuanto más tardara en responder, más difícil se lo pondría su maestro.

—Sí —contestó sin ganas.

—Bien. —Lundahinda recobró su habitual aire de misterio—. Entonces retomaré mi lección anterior.

El compositor se disponía a exponer sus conocimientos sobre la paciencia en la lucha, cuando un ruido cercano los obligó a mirar al sur, a la costa donde la jungla perdía su dominio en beneficio del océano. Era como un zumbido sordo, la liberación de una energía encarcelada, seguida de un temblor de ramas. Nadie en todo Ergondale se atrevería a quebrar un solo tallo de los árboles sagrados, pero aquel ruido entre las hojas parecía un ataque directo a la selva, una profanación en toda regla. La lección tendría que esperar. Lai apretó los puños, sujetando su vara con dedos de madera y rabia contenida. Nuilari reaccionó igual. Ni siquiera el Zorro Mudo conseguiría que la soltara.

—¿Qué ha sido eso?

—Viene del mar —dijo Lundahinda preocupado—. Entonaré la canción de alarma. La Selva debe saber..

Pero la inmediata carrera de Nuilari lo interrumpió. Si Lai lo adelantaba en todo, al menos no sería el primero en averiguar qué amenazaba la isla. Pese a su edad, el viejo compositor se apresuró a seguirlo, esquivando raíces sobresalientes y ramas bajas.

—¡No, Nuilari. Espera!

Alguna fuerza extraña venía de otra isla. Su instinto le decía que cantara la alarma, pero dejar solo ante el peligro a un alumno era imperdonable para alguien de su condición. Hizo sonar su hocico con notas agudas mientras corría, con la esperanza de que su canto llegara

a alguien o que algún tótem cercano endureciera su coraza codificada. Las Líneas de Neiya ergondalinas se potenciaban al escuchar el sonido del miedo entre sus protegidos.

Detrás de él corría Lai, callado por la sorpresa. Nuilari iba delante. Saltaba entre las ramas y las piedras con la mirada encendida y su vara abriéndole paso. Si algo recordaba de lecciones anteriores era que la anticipación valía por tres golpes en una pelea de iguales. Sentía el aliento del Zorro Mudo cada vez más cerca, pero no dejaría que lo encontrara desprevenido. Tenía suficiente pericia en la lucha y lecciones aprendidas para temer que su mayor debilidad, la mayor debilidad de todos, pudiera vencerlo.

—Poderes extranjeros —susurró—. Habéis cruzado las Líneas de Lantra, pero ni siquiera llegaréis al primer tótem mientras mi vara se interponga.

Llegó a la última trinchera de árboles que privaban al suelo de Talanzas de luz lunar. Los confines de una playa de arena fina se perdían en la oscuridad nocturna, custodiados por extrañas palmeras que se doblaban hacia el agua.

En la orilla, a expensas de las olas, había un objeto que brillaba con una luz blanca, la marca indiscutible del Tárbot. Tenía forma de pelota, de unos dos palmos de diámetro, surcada por estrías curvas que ahondaban en su lisa textura y runas bajorrelieve que sobresalían sin ningún orden aparente. Nuilari se acercó y guardó la vara en la funda de su espalda, dibujó unas líneas circulares en el aire, delante de los ojos, y pronunció una palabra que lo protegía de cualquier magia no nacida en la Selva.

—Sistaramunie.

La bola no se movió, pero su brillo empezó a menguar. Llegó una ola. Al retroceder, el mar volvió a recuperarla. La siguiente hizo girar la pelota hasta los pies de Nuilari, donde el agua la abandonó para no volver a reclamarla.

—Sistaramunie. —Se apresuró en protegerse, poniendo la palma de la mano izquierda como escudo mientras con la derecha volvía a dibujar aquellos símbolos en el aire, con mayor rapidez—. Sistaramunie.

Luego se acercó lentamente, obligándose a cambiar su miedo por valor. Cuando por fin se atrevió a rozar la bola fosforescente, un chispazo le recorrió el cuerpo. La luz se apagó de golpe y notó un escozor penetrante en el pecho, como si alguien hubiera frotado una ortiga venenosa en su pectoral izquierdo. Casi cayó de espaldas, pero aguan-

tó de pie, con la mano extendida. Había perdido cierta confianza en las invocaciones protectoras.

—El Zorro Mudo nunca se detiene a observar. —La voz de Lundahinda sonó triste desde la vegetación ribereña. Pese a la carrera, tampoco se mostraba extenuado. El cansancio no existía en una gente por cuyas venas no corría sangre caliente.

Lai se encontraba detrás. Nunca había llegado tan lejos. Ningún elceta solía acercarse tanto al océano; ni siquiera soportaban durante mucho tiempo el olor de la sal.

—Si te huele mientras estás sumido en tus propias reflexiones, te encontrará desprevenido. —Lundahinda volvió a repetir aquella frase, la segunda vez en un día y a la misma persona. No parecía el mismo compositor que unos instantes atrás. La voz lo era todo en ellos. No era extraño que si uno cambiaba de tono, aparentara ser otro. Aquel aforismo había servido de segunda lección. Ahora serviría como la penúltima de ellas. Por primera vez en su vida, Lundahinda era consciente de que no acabaría la noche con una séptima.

—No lo entiendo. —El aprendiz humano se volvió, sin dejar de mirar con ojos sorprendidos aquel objeto redondo—. Mi corazón me pedía que me enfrentara a mis miedos, a mi debilidad, al Zorro Mudo si aparecía, pero se equivocó. Escuché una música errónea.

—Ninguna música es errónea, Nuilari. Tu problema es la ignorancia, como el de tantos otros. Creías que tu Zorro Mudo aparecería levantando tierra con sus cuatro pezuñas, con la saliva goteándole entre los dientes y ladrando silencios que serían como un insulto para la música.

—¿No será así?

—No ha sido así. Tu destino te reclama con una voz que no suena con notas ni melodías. La bola proviene del Tárbotá, la isla Cumbre. Sus códigos superan a los de cualquier otra tierra.

—¿Esa bola es su Zorro Mudo? —preguntó Lai mientras se acercaba a ella con miedo y admiración.

—No. El Zorro aún lo persigue, recortando distancias, pero desde el momento en que Nuilari echó a correr hacia esta orilla, el azar los adelantó a los dos. Y el azar decide por sí mismo... Recuerda. No hay que correr cuando se debe nadar.

Nuilari se sintió como el pajarillo de las anécdotas, escapando del ruido de una hoja seca para caer en las garras de una rapaz.

Tras apagarse el último destello blanco, la bola empezó a deshacerse con el contacto de la arena húmeda. Parecía derretirse como la

cera, pero sus restos se esparcían como si fueran ceniza. Terminó desapareciendo cuando una ola peinó la zona.

Las palmeras permanecían quietas bajo un cielo de carbón. Solo la espuma sobre el mar brillaba a intervalos por los reflejos de la luna, y la única música escuchada en ese momento fue la de la marea peleándose con la playa.

—Pero los tres oímos temblar las ramas —balbuceó Nuilari—. ¿Qué fue?

—No lo sé —dijo Lundahinda—. Quizá la bola llegara con un espíritu errante, un alma abandonada o la voluntad de un arcángel del Tárbotá hecha cuerpo. En cuanto una jaula toca tierra, y ya no dudo que la bola fuera una, liberan parte de su energía. La descarga puede levantar ondas en el aire o en el agua, pero no sacan todo lo que ocultan dentro hasta que no las toca una mano mortal. No es la primera vez que veo una. Tengo que regresar a La Copa Más Alta. La Selva debe saber.

Lai miró de reojo a su alrededor. La idea de que un espíritu de la isla prohibida merodeara cerca lo estremecía.

—Te acompañaré —dijo Nuilari.

—No durante mucho tiempo —respondió Lundahinda con tono melancólico—. Sé lo que pasa cuando alguien toca una jaula. Te diré cuanto me sea posible sobre ese tema, pero luego deberás averiguar por ti mismo por qué los dioses te eligieron para su juego.

—Yo no quiero entrar en el juego de los dioses.

—Es tu destino, lo único que mantendrá al margen al Zorro Mudo, aunque te acerque a él.

Nuilari ya empezaba a sentirse solo antes incluso de que su compositor diera el primer paso hacia La Copa Más Alta, más concretamente a la rama donde se asentaba la sala del consejo. Allí los alumnos tenían prohibida la entrada.

—¿Cómo estás tan seguro de todo? —preguntó, dejándose llevar por los impulsos del pánico—. ¿Por qué sabes que los dioses quieren algo de mí?

—Porque hace mucho, cuando tenía la edad de Lai, yo también compartí clases con un niño de tu especie. Cometió los mismos errores que tú, y ahora debe demostrar al mundo que el destino no se equivocó al señalarlo. Él también huye de sus perseguidores y persigue a quien huye de él. No imaginas cuántos Zorros Mudos ha tenido que derrotar mientras espera al último de ellos. Se llamaba Lándar.

Aunque ahora Lundahinda no tenía intención de calibrar el silencio, nadie habló durante unos instantes.

—¿Ese tal Láandar encontró otra jaula de la Cumbre? —preguntó Lai al fin.

—Y no muy lejos de aquí. Continuó recibiendo lecciones de nuestro compositor, hasta que consiguió su sombrero y una daekiria. Quizá, el Tárbotá haya mandado esta nueva señal para que Ergondale siga teniendo a alguien como él, ya que no hace mucho que partió por última vez de la isla.

—No se puede salir de la isla —recordó Nuilari—. Si alguien lo intentara, las Líneas de Lantra consumirían toda su energía vital.

Lundahinda suspiró. Nunca creyó que se vería obligado a dar explicaciones sobre cosas que no entendía del todo.

—Creo que tendré que volver a esa lección que tanto te animaba, pequeño —dijo—. Es hora de hablar sobre *Diundas*, *Espirias* y *Sakatnas*.

La *Sakatna* era el concepto más difícil de definir. Mientras las demás almas arraigadas a un cuerpo se integraban en una relación recíproca, ella era totalmente independiente. Incluso había gente que la tenía y moría sin saberlo, si era incapaz de despertarla o el estigma en la piel era muy pequeño. Era una especie de doble oscuro que dormía en lo más profundo del ser, un ente —benigno o maligno según la naturaleza del estigma— que luchaba por eclipsar la conciencia nativa. Si no se la mantenía a raya, podía apoderarse por completo de la mente. La llamaban el alma parásita.

Sin embargo, muchos magos poderosos presumieron de tenerla a lo largo de la historia y no se restringieron a la hora de exponer sus virtudes. La *Sakatna* era, ante todo, una fuerza protectora que podía nacer tanto en humanos como en híbridos, y algunas se asomaban tanto a la superficie que daban a su portador la apariencia de un loco con doble personalidad.

Nuilari abrió los ojos todo lo que pudo. Sus ansias por conocer los secretos del Libro de las Siete Almas seguían activas, pero no consiguió que aquel giro en las enseñanzas de su maestro mermara la tristeza que acababa de embaucarlo.

El pecho le escocía a la altura del corazón.

—Tu mayor debilidad se mostrará en un momento de fuerza y rabia —repitió otra vez Lundahinda, haciéndole recordar—. Cuanta más voluntad malgastes para esquivar una suerte, menos voluntad te quedará para sortearla.

Esa fue su primera lección. Ahora también era la última. Y por fin, Nuilari pudo entenderla.



Lándar llegó a la costa este de Mordaua solo y exhausto. Aquella tierra lo deprimía. Acostumbrado a ver agua brotando por cada rincón de Ergondale, tener que buscarla a conciencia para sobrevivir escapaba a toda lógica. Hacía poco tuvo que atravesar un inmenso cañón a través de un acueducto levantado sobre una veintena de pilares. Era extraño seguir el rastro del agua por encima de él mientras que abajo, en el fondo del barranco, el suelo estaba seco. El paisaje era todo lo contrario a lo que él conoció en la Selva, donde los puentes servían para salvar las corrientes, no al revés.

La visión del mar lo paralizó un momento. Ya había cruzado Líneas de Lantra cuando abandonó su amada jungla, y las de Neiya repartidas por toda Urkay tampoco lo detuvieron. Debía agradecerse al estigma de su pecho, además de echarle la culpa de muchas otras cosas. Fueran cuales fuesen sus remordimientos hacia aquella marca surgida en su juventud, tenía muy claro que no la rascaría ni la acariciaría. Odiaba discutir con su *Sakatna*. No pretendía despertarla a todas horas. Ella sola ya había aprendido a hacerlo sin ayuda, cada vez con mayor frecuencia.

De niño, Lándar se veía invadido por una envidia sana cuando conversaba con sus compositores. No podía alcanzar el estatus de los elcetas, dada su condición humana, pero tampoco pretendió nunca verse envuelto de una manera tan tajante en los designios del destino. Ahora, a la vejez, apenas recordaba con nostalgia esos días. Hoy era una de las Piezas utilizadas por los dioses en su juego eterno, aunque ninguna ficha del Tablero lo representara como había ocurrido con otras del pasado. También se decía que algunos demonios y unos pocos ángeles de la isla Cumbre tuvieron su copia en miniatura, para que los dioses jugaran con ellos sin que lo supieran.

Lándar pensó en los ángeles. Al igual que ellos, ninguna de sus almas podía ser absorbida por tótem alguno mientras Ótmor lo protegiera con su sello, mientras el rayo y la media luna simbolizaran la ambigua presencia del más poderoso de los dioses.

«No entiendo cómo puedes echar tanto de menos a esos seres de madera —le leyó el pensamiento aquella Sakatna que hablaba con voz y personalidad propias—. Son raros. No se les puede cercenar un brazo o una pierna, solo podarlos y esperar que les vuelvan a crecer.»

«Los elcetas sangran cuando se les hiere —contestó Láandar sin mover los labios, con una desgana notable. Ya estaba acostumbrado a que su compañero oculto se metiera en rincones de su cabeza donde nadie le daba permiso—, pero la resina cierra sus heridas y pocos cortes son mortales para ellos. A menos que se los destroce literalmente, ningún metal es práctico contra ellos. Solo el fuego los mata. Allí lo llaman la muerte luminosa.»

«Un claro ejemplo de que son enemigos de la luz.»

«Algunos así lo piensan. Yo no, por supuesto.»

«Quizá no lleguen a ser Adeptos de la Zarpa, pero me parecen igual de oscuros.»

La Zarpa era el nombre con el que se conocía a una comunidad de magos fugitivos, defensores de una ciencia ya desaparecida. Negándose a aceptar los nuevos criterios de los naidones, pretendieron dibujar objetos para crearlos y luego pintarlos para darles vida. Su poder provenía de un Arte Anciana, como la música. Las Artes Jóvenes, de las que nacieron las dos Magras, eran posteriores.

«Ergondale jamás creyó en el sueño del Cuadro.» —Láandar dio por zanjado el asunto—. «Es una isla de música. Rinde culto a un dios libre.»

Su otra voz no parecía advertir más divinidad que la de Ótмор, su paladín, símbolo de luz. Existían otros dioses, tan influyentes como él, pero solo su amante, Amgara, se permitía el lujo de contradecirle a menudo en voz alta. Eran como rey y reina en el panteón del Tárбота.

La humanidad había conocido amuletos eficaces para copiar los beneficios de sus estigmas, extraños talismanes con los que también podían rebasarse Líneas de Protección sin perder la vida en ellas. Pero existían pocos, pertenecían al pasado y su paradero era un secreto. Además, los estigmas arrastraban más desventajas que beneficios.

Desechando sus dudas, Láandar empezó a preocuparse por temas más urgentes, como conseguir una barca. Ya había merodeado suficiente por una isla enemiga, esquivando con suerte a sus naidones. Ahora tanto ellos como el propio Sartauras debían de estar siguiéndole el rastro para sonsacarle muchas respuestas. Láandar no tenía tiempo ni ganas para sus torturas.

Nuralkäia lo esperaba.



Todavía no se había levantado el sol por completo cuando ya los siete regimientos que formaban la división de Syrah se pusieron en marcha a través del único paso que ofrecían los barrancos de Partina. Por supuesto, un general de seis broches los guiaba. El chirriar de las espadas contra las armaduras o el zumbido de quienes usaban sus alas componían una música sombría que sonaba allí una vez más. No era la primera ni sería la última. Partina era el último obstáculo antes de seguir por mar hasta las tierras anegadas de Nuralkäia.

Casi todos los oficiales residían en Syrah, pero muchas de las compañías a su cargo vivían en aldeas anexas y se les unieron sobre la marcha. Aunque otras ciudades colaboraban enviando nuevos comandantes de cinco broches junto a toda su tropa, solo la colmena de Vyseh rivalizaba con ella disponiendo de otro general de seis insignias. Pronto, éstos se unirían en su éxodo hacia el sur a otros cinco más con idéntica graduación.

El ejército completo de Matzhe debía estar representado por todas sus provincias, para que el reparto de botín en forma de energía terrenal fuera equilibrado. Cada facción iría fusionándose con el resto en la costa más austral de la isla, donde acabarían ondeando juntos los estandartes de Edentis, Tzhortzhonóa, Vantis y la poderosa Tzhión. Una vez al mando del único general de generales, galardonado con siete broches y designado por la propia Tzhina, no se arrojarían sobre Nuralkäia hasta que los naidones numéricos lo ordenaran. Ellos obedecían los designios de los dioses a través de la Auronía Araña, que escuchaba los murmullos llegados del Tárbotá y los transmitía a su gente desde la distancia. Su estado de trance duraría mientras la alimentaran con la sangre vertida en su honor.

La mayoría de la población matzhi vivía en las grandes Colmenas Madre —Matriz en el caso de la céntrica Tzhión—, capitales de las cuatro provincias de la isla. No obstante, había otras ciudades menores repartidas por el continente, rodeadas de otras aldeas humanas de escasa importancia. A menudo, Tzhina indultaba unos cuantos huevos ofrecidos en sacrificio por las reinas de cada colmena. Si sus madres biológicas no desencadenaban una guerra inmediata contra la nueva colonia, ésta prosperaba lentamente sin llegar a hacer nunca sombra a la capital. Cada cierto tiempo, las nuevas reinas también ponían huevos, ofrecidos igualmente a Tzhina, que los aceptaba con gusto. Solo

dejaban crecer una larva cuando su madre se veía vieja, para que su colmena no cayera en manos de la hija de otra reina.

—Las almas de los caídos son como fuentes de energía para las Auronias —explicaba un sargento orbione de tres broches a los soldados de un solo galardón que formaban su pelotón—, y la guerra un abrevadero al que se asoman para beber más y más de esa energía.

Hombres e insectos escuchaban por igual, sin dejar de caminar. La historia era la misma que les habían enseñado en la academia. Mientras la bendición del Tárbot durase —semanas o meses según la Auronia favorecida estuviera saciada o no—, tanto los muertos de un bando como los de otro alimentaban a la isla invasora, a menos que alguien cruzara una Línea activa o pronunciara un *tabú* en uno de sus tótems de unión. Entonces la tierra profanada engullía sus almas. Las Auronias solo reencarnaban la *Kraina* de un mortal si los dioses valoraban su *Immada*, y absorbían una parte de la fuerza de las que no eran indulgadas. El resto era encauzado como energía terrenal, tan benigna para el suelo y sus productos como el agua de lluvia o la luz del sol.

—Deja de atormentarlos, Rutaín —dijo Trautzhio con aquella desgana que lo acompañaba desde hacía tiempo—. Solo les falta saber los nombres de los nuralkos que van a matar.

—Si es una orden... —El llamado Rutaín se mantuvo prudente, pese a no dejar caer su ánimo.

—No, no lo es. —Trautzhio se alejó unos pasos. Su compañía no formaría en columna hasta que un comandante de cinco broches lo ordenara—. Solo es un consejo para que llegues a la costa con algo de saliva en tu boca. Vas a secarla toda.

Rutaín obedeció, sin saber si Trautzhio quería silencio por una cuestión de concentración o sólo estaba de mal humor. Dork, que hasta entonces ocupaba una de las últimas posiciones, fue en su busca, rompiendo aún más la extraña formación de la tropa. Partina quedaba poco a poco a sus espaldas.

El ejército estaba jerarquizado bajo unos cánones numéricos similares a los de cualquier estamento de Matzhe. Allí, como en Urkay, los números lo eran todo. Siete soldados de un broche completaban una escuadra al mando de un cabo de dos. Junto a otras seis escuadras, formaban un pelotón bajo las órdenes de un sargento de tres insignias. Siete pelotones hacían una compañía, cada una guiada por un capitán de cuatro broches, unida a otras seis para completar un regimiento a disposición de un comandante de cinco. Mientras la escuadra la componían siete soldados rasos y su superior inmediato, un regimiento

llegaba a los dos mil ochocientos efectivos, una división superaba los diecinueve mil y el ejército completo los ciento treinta y siete mil.

Humanos e insectos de cualquier graduación todavía se preguntaban qué razones tendrían los naidones para hacerlos caminar a pie a través de media provincia, si de todos modos debían atravesar el mar a bordo de los vulbragos. La razón era obvia: Syrah era una de las ciudades más sureñas del continente, y debían dar tiempo a otros regimientos para que todos llegaran a la costa al mismo tiempo. Arrastrar toneladas de provisiones era una tarea difícil, pero racionarlas entre miles de guerreros ociosos aún lo era más.

La reina Mardaika había dispuesto del servicio de la Magra Naidona para medir las distancias y el tiempo necesario para la ofensiva, sabiendo que los magos de Matzhe ponían más esmero en sus cálculos que en los consejos de la misma Tzhina. Todas las islas continentales procedían igual con sus respectivas ciencias. Los cómputos incluirían un ataque rápido y una retirada casi inmediata, bajo la protección de una Auronia que conseguía su poder de dos fuentes: de las almas que cayeran en la batalla y de la propia Amgara, la diosa con la que antaño compartió cuerpo y de la cual fue arrancada.

Durante un instante, el zumbido que oyeron sobre sus cabezas ocultó cualquier otro ruido. Dos escarabajos gigantes los adelantaban para abrir terreno. Sobre ellos, además de los jinetes experimentados que los cuidaban en las insólitas cuadras de Syrah o Vyseh, montaban los dos generales de seis broches que bien podían compararse a cualquier grauro de Urkay que luciera en su brazo seis pulseras de bronce.

Como era costumbre, Tzhina solo protegería astralmente a siete.

Mardaika había conseguido incluir al suyo entre los elegidos, junto a todos los efectivos que acudieron a la Fajja. Eso sumaba un alto porcentaje de oficiales en el total de unidades y, por tanto, del botín. Además, el Revelador de Nombres estaba a cargo de sus magos.

Pasaron dos días más de ruta, sin apenas detenerse más que para dormir y consumir algunas provisiones.

Llegaron a otra ciudad. Sus tropas les salieron al paso, preparadas para incorporarse al ejército. Era seguro que su reina había hablado en su Fajja un par de días después de que Mardaika lo hiciera en la suya, pero con palabras similares. Franquearon muchas otras poblaciones, alistando a tantos pelotones como pudiera ofrecer cada reina. Para ellas era una bendición poder colaborar en la liza, ya que, tras la victoria de la Auronia Araña, el reparto de energía terrenal beneficiaría a quien más determinación pusiera en la batalla. Mardaika sería de las más agraciadas.

Cientos de columnas de acero como las que rodeaban Syrah trazaban allí más líneas de puntos en cadena, solo visibles desde el cielo. Parecían guardar los caminos o vigilarlos desde alguna cima suficientemente alta.

La última urbe era otra montaña redondeada, una gigantesca esfera de roca taladrada de agujeros y galerías que de vez en cuando lograban dibujar calles o avenidas internas. Allí, el entrenamiento de los soldados y la enseñanza de los jóvenes eran iguales que en Syrah, o eso dedujeron mientras la bordeaban. Dork no pudo menos que pensar en su hijo. Desde que Trautzhio le explicó muchos detalles que se habían discutido en la Fajja bajo el más estricto hermetismo, Dristán ocupaba un lugar nefasto en sus sueños, convertidos ahora en pesadillas. Pese a todo, ambos soldados se esforzaban por comportarse como era debido, sin dudar de sus actos o los de su reina.

—¿Por qué a las hembras orbione no se las deja combatir? —preguntó Dork al pasar por un lugar cercano a la ciudad, donde muchas de ellas parecían abandonar sus tareas habituales para ocuparse de los suministros—. No parecen menos fuertes que vosotros.

A Trautzhio le extrañó ver a su amigo haciendo preguntas. Él nunca las hacía. De alguna manera, se sabía responsable del cambio, pero estaba seguro de que había hecho bien compartiendo sus temores con el humano.

—Los zánganos pueden clavar su aguijón en un enemigo tantas veces como quieran —fue Rutaín quien contestó, satisfecho por saber explicar cualquier curiosidad de su especie—, pero las hembras mueren poco después si lo hacen, ya que parte de su sistema digestivo está unido a él.

Todas las hembras orbione eran fértiles como la reina. Ellas mismas segregaban la cera utilizada para construir las celdas de sus larvas, aunque ninguna supiera cuál era de cada una. Las mujeres humanas eran diferentes. Dristán lo sabría si hubiera tenido más tiempo para agradecer el cariño de una madre.

—Eso ya lo sé —contestó Dork con aspereza—. Pero los zánganos rara vez usan sus aguijones si pueden empuñar espadas. Solo me pregunto por qué se preserva la vida de algunos ante el más mínimo peligro, mientras las de otros sirven de parapeto contra amenazas mayores.

Trautzhio se acercó y le puso una mano en el hombro. El gesto no era para calmarlo, sino para detener su paso y obligarle a que lo mirara mientras otros soldados los adelantaban. La expresión arrugada de una cantidad considerable de facetas en sus ojos compuestos era sinónimo

de advertencia. Luego, esa mueca que solo un matzhi podría leer en las facciones de un insecto se suavizó, y Trautzhio habló con una voz mucho más serena de la que pretendía utilizar.

—Recordarlo no te la devolverá.

Dork apartó la mirada y la clavó en el horizonte, como si quisiera averiguar qué hacía Dristán en ese momento. Syrah quedaba ya lejos.

—Lo sé —contestó el humano, mostrando una sonrisa llena de tristeza—. Ambos los sabemos... Los tres lo sabemos.

Una columna de acero, recta como el tronco podado de un abeto, brilló en la distancia a la luz del sol, devolviéndole la mirada. Su presencia era la prueba de que todavía estaban en el hogar, pero no quedaban muchas por atravesar.

Más escarabajos gigantes sobrevolaban la zona, montados por sus jinetes. El aire se llenaba de zumbidos graves. Los soldados, todos ellos inmersos en diferentes conversaciones y ajenos a la que Trautzhio y Dork mantenían, se alejaron de la ciudad tan rápido como la habían abordado. Ya olían el aroma del mar cercano. Pronto rebasarían la última columna de acero y con ella la última Línea de Neiya atada a las fuerzas de Matzhe. Las de Lantra esperaban.

Al rato no había casi nadie que no predicara sobre las ventajas de *salir de caza*, nunca de los inconvenientes. Hablaban de sangre y muerte, de víctimas o suelos arrasados, y de lo productivo que parecía todo cuando no eran nada productivas las palabras que utilizaban.



La sombra buscaba la manera de salir de Urkay. El tiempo apremiaba y las Líneas no hacían más que entorpecerle el camino. No diferenciaba si el suelo estaba cubierto de arena o de hierba verde que amenazara con convertir el desierto en una rica pradera. Tampoco le importaba.

«No esperaba encontrarte aquí» —retumbó una voz femenina dentro de aquello que tuviera por mente. La sombra se retorció en la noche, realizando un movimiento invisible para cualquier ojo humano. Hacía poco que una *Sakatna* enviada por Ótmor e incrustada en el pequeño cerebro de un mortal ergondalino la había descubierto cuando merodeaba demasiado cerca de ellos, así que no era extraño que alguien más lograra advertir su presencia.

«¿Quién o qué eres?» —se atrevió a preguntar de inmediato. El tono de su voz era masculino, agudo y nervioso. El ronroneo que lo

acompañó durante siglos parecía haberse evaporado tras pasar tanto tiempo sin utilizarlo. La conversación era telepática. Pocos podían verlos, pero nadie escucharlos.

«Soy prácticamente lo mismo que tú.»

Dentro de la oscuridad nocturna, dos sombras se encorvaban o se estiraban sin apenas alterar la negrura circundante. Pero de vez en cuando la luna iluminaba la zona y las delataba. La de tono varonil se mantenía prudente, observando desde su posición horizontal a la que hablaba con voz de mujer. Un bulto algo más oscuro tomaba la forma de una zarpa en la primera, sobre una piedra, a lo que la otra respondía dibujando una pinza negra sobre un suelo casi del mismo color. Aquella que tanto gustaba de los rasgos felinos pareció volar hasta una inmensa roca pulida por el viento. Ya en vertical y a la tenue luz de las estrellas, la sombra adoptó el perfil completo de un gato.

«¿A quién sirves?» —dijo desconfiado, consciente de su inmunidad. Él era incapaz de mover nada. Solo se arrastraba, veía y escuchaba. No podía dañar a nadie ni ser dañado, al menos por armas normales.

La otra sombra la siguió despacio, como si le costara moverse. Una vez levantada sobre la cara de otra roca, su forma no pareció variar mucho de la que se deslizaba por el suelo. Parecía un huevo lleno de púas, similar a un erizo de mar.

«Ese brujo ergondalino se llevó el pergamino que yo no quise guardar en mi Nido —dijo—. Podría haberlo escondido de él, de ti y de todos. O Podría habérselo dado al Perro, ese que te perseguirá sin pausa en cuanto sepa que has salido de tu prisión. ¿Hubieras preferido eso, Dárlagan?»

La mención de aquel nombre hizo que el contorno del gato se irguiera. Sorprendido, trató de mostrarse igual de tranquilo, aunque era difícil esconder las inquietudes cuando no se pronunciaban las palabras, sino que solo se pensaban.

«Confundes términos —dijo—. Solo ves la *Nakra* de Dárlagan.»

«Y tú confundes mis intenciones —respondió la otra forma oscura, sin variar en nada el timbre de aquella voz impronunciada—. La *Nakra* del Gato solo puede ver a la *Nakra* de la Caracola. Estamos en igualdad de condiciones. En realidad, es como si habláramos con nuestras bocas.»

«No tienes aspecto de caracola.»

«Poco me importa que me reconozcas o no, siempre que entiendas mis propósitos. No le di esa hoja al Perro porque odio que al mun-

do se le niegue el derecho a saber. Si la Lanza desapareció, fue porque así lo quise, y si aparece de nuevo, será porque así lo querré.»

«No me has respondido... Gangáia —acabó reconociéndola el Gato—. ¿A quién sirves?»

«A ti no, por supuesto. Pero tampoco a nuestros hermanos. ¿Sabes? Iris adoraba tus dibujos, reía con cada muestra de belleza que encontraba en cualquiera de tus bocetos. El sueño del Cuadro era una locura, pero Iris añora algunos de sus colores.»

«Todas las almas de Iris ríen juntas bajo su piel; su *Krainia*, su *Imnada*... Todas menos tú. A ti te extirpó. Ahora solo eres una Auronia incapaz de evolucionar como es debido en esa cáscara en la que te metiste.»

«No cuestionemos ahora los entresijos del destino, Gato. Ella me dejó elegir con respecto a la Lanza, y me deja elegir ahora que todos los caminos se cruzan. Además, nuestros cuerpos siguen durmiendo en sus Nidos. Ni siquiera somos Auronias. Solo sus sombras.»

La *Nakra* de Dárlagan seguía guardando parecido con un gato de niebla negra, pero la silueta de su espinazo dejó de encrespase y recuperó su forma difuminada.

«Entonces no eres un simple instrumento de Ótmor —dijo—, como el resto. Los demás dioses le siguen la corriente, y las Auronias solo sois la voz de sus pensamientos.»

«¿Sois? ¿Acaso tú no eres como yo?»

«Tú eres una *Nakra*, una sombra, pero yo soy la *Nakra* de una sombra, o sea, la mitad que tú. Dárlagan sólo existe dentro de sí mismo. No me dejen ser más.»

La mancha con forma de huevo con espinas se alejó un paso.

«Hubo un tiempo en que no te compadecías tanto —dijo—. Iris lloraría de verte así. Escúchame bien, porque solo te lo diré una vez y después me esfumaré. Hasta mi gente cree que soy una criatura esquiva y poco tratable, y me gusta que lo piensen. Matzhe se prepara para la guerra. Tienen por objetivo la misma tierra que pretendes pisar. Oronöe aún no ha despertado. Los dioses no se lo permitirán hasta que los insectos de Tzhina estén encima de ella, pero eso a nosotros nos importa poco. Tzhina y yo compartimos nuestro amor por los números, mientras que la Tortuga prefiere dar mayor importancia a las letras nimeanas, como en la maldita Aradas. Dime Gato, ¿hablaste con los tuyos en Matzhe? Imagino que Dárlagan *el dibujante* tendrá adeptos escondidos allí. Tzhina revolvería tierra y mar para encontrarte e inyectarte su veneno si lo supiera.»

«No existen adeptos de la Zarpa en toda Urkay, si es eso lo que quieres sonsacarme.»

«Tampoco me preocuparía. Lo que vengo a decirte es que tienes la oportunidad de adelantarte. El druida ergondalino tiene el mapa, y tú una copia bastante acertada. Si las sombras somos incapaces de mover una mota de polvo, más te vale contar con la ayuda de otros, preferiblemente dotados de cuerpo.»

«¡Sabías que ese viejo de la Selva vendría!» —La silueta felina volvió a erizarse como una fiera a punto de saltar sobre su presa—. «¿Por qué ayudas a dos enemigos tuyos, enemistados también entre ellos, a conseguir lo mismo?»

«Ya dije que no te servía a ti.»

«¿Entonces a quién!»

La sombra llena de púas se irguió. Si no hubiera sido porque era completamente negra, se le podrían haber diferenciado los anillos en espiral que formaban la caracola que le servía de caparazón. Sobre el suelo aún era visible el contorno de sus dos pinzas de cangrejo.

«Yo sirvo a los Padres —sentenció—, o al sueño incumplido de los Padres. Ellos querían a todos sus hijos, Gato. A los siete. Ni uno menos.»

